Vida filosófica.

Una mirada a *La montaña mágica* de Thomas Mann

Cristian David Aristizábal Aristizábal

Trabajo de grado presentado para optar al título de Filósofo

Asesor

Andrés Esteban Acosta Zapata

Magíster (MSc) en Filosofía

Universidad de Antioquia

Instituto de Filosofía

Filosofía

Medellín, Antioquia, Colombia

2024

Cita	(Aristizábal, 2024)
Referencia **Estilo APA 7 (2020)**	Aristizábal, C. (2024). *Vida filosófica. Una mirada a la Montaña mágica de Thomas Mann.* [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

creative commons CC BY NC SA

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
Vicerrectoría de Docencia

Sistema de Bibliotecas

Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

Repositorio Institucional: http://bibliotecadigital.udea.edu.co

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Decano/Director: Diana Melisa Paredes Oviedo

Jefe departamento: Luis Arturo Restrepo González

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Un arte que se sirve del lenguaje como instrumento producirá siempre creaciones extremadamente críticas, pues la lengua es en sí misma una crítica de la vida: la nombra, la toca, la designa y la juzga, en la medida en que le otorga vida.

Thomas Mann

Contenido

Introducción 5
1. Enfermedad como contraste 13
2. Acción desde la contemplación 27
3. Actitud filosófica: reflexión y amor 41
Bibliografía 59

Introducción

Leer literatura es confrontarse con un mundo ficticio que interpela a todo lector desde el momento que se abre un libro. Este mundo no necesita más que papel y tinta para aguardar un sinfín de caminos que proponen entretenimiento, reflexión y cuestionamientos. No obstante, al acercarse a este campo no siempre se encuentran estos aspectos, pues la mirada y los pensamientos de quien lee son una condición que rige todo el viaje. Sin embargo, lo más interesante que hay dentro de este universo, es la capacidad de mostrarse como un reflejo de la humanidad desde todos sus aspectos.

Antes que nada, es importante señalar el impacto que genera, pues en la literatura se condensan todas las formas de relacionarse con el mundo escrito. Es allí donde se reúne y se transforma toda forma de pensar, de criticar, de denunciar y de existir. Es la literatura el lugar seguro en el que se puede depositar cualquier modo de pensamiento y, a su vez, es la rama más completa de la concepción de la realidad, pues allí se agrupan desde las nociones con mayor envergadura sistemática y lógica, hasta los apuntes que brillan por sobrepasar los límites del raciocino y el entendimiento.

En este sentido, y teniendo en cuenta la amplitud de este campo, me quiero centrar en una de las muchas relaciones que pueden surgir teniendo como base principal un texto literario. De esta manera, me propongo exponer la relación que tiene la literatura y la filosofía a partir de *La montaña mágica* (*Der Zauberberg*) publicada en 1924, uno de los escritos más emblemáticos del autor alemán Thomas Mann (1875 - 1955). Para esto me valdré de la edición realizada por José Janés editor, impresa en Barcelona en el año 1954 y traducida por Mario Verdaguer quien fue el primer traductor al español de esta obra.

De esta forma, establecer la relación entre estos dos campos teniendo como eje central esta obra literaria, representa: primero, la durabilidad que tiene la escritura a lo largo del tiempo, puesto que el libro que se va a abordar tiene mucho contenido analítico vigente al tocar temas de reflexión que hoy en día siguen siendo objeto de estudio (ejemplo de ello podría ser el contraste entre las estructuras sociales); segundo, la versatilidad que brinda la literatura de mostrarse como una radiografía del mundo; y tercero, la importancia filosófica que tiene *La*

montaña mágica a partir de su estructura y de las reflexiones que propone a través de los diálogos en las distintas escenas que la componen.

Pues bien, para tener un panorama más amplio de este relato, es importante señalar una de las características más recurrentes que se le atribuyen, ya que por su contenido temático y por la trama que rige todo el grosor argumentativo es considerada por muchos como una novela de formación en la que se abordan temas filosóficos como el tiempo, la enfermedad, la muerte y el amor. De ello, dan cuenta los personajes que componen el escrito, quienes están permeados constantemente por reflexiones que los moldean y transforman.

De este modo, es importante decir que *La montaña mágica* fue un libro que se empezó a escribir en 1912 y que su escritura fue interrumpida por el estallido de la Primera Guerra Mundial. Esto no es un detalle menor, pues el mundo conoció la primera publicación de esta obra en 1924. Doce años después de haberse concebido la idea de una novela en la que se representaría la vida de los enfermos en un hospital alejado de la ciudad, que surgió a partir de la experiencia que tuvo Thomas Mann con su esposa, quien en ese entonces se encontraba internada en un sanatorio. Lo anterior amerita ser mencionado porque desde la fecha en que se empieza a escribir el libro y la fecha en que se publica, existe tiempo suficiente para que la novela se transforme. Un adjetivo que se vincula fuertemente con Hans Castorp, el protagonista de la novela.

En este punto, es preciso brindar un contexto general de la obra, ya que en ella se exhibe todo el cambio que hay en Hans. Un ingeniero recién graduado con miras a un futuro prometedor dentro de su campo profesional, pero con un sinsabor por la vida que motiva un tiempo de descanso para repensar su existencia. Esta decisión lo conduce a visitar a su primo Joachim[1], quien está en el Sanatorio de Davos-Platz, ubicado en unas montañas alejadas de la ciudad. Hans en principio solo quiere vacacionar, alejarse del mundo citadino y descansar. Pero al

[1] Primo, amigo y confidente de Hans. Él es quien está internado en el sanatorio desde el inicio de la novela, pero su deseo más grande es volver a su trabajo como militar profesional. Este deseo es el que marca las diferencias de pensamiento con Hans, pues Joachim vive con el interés de pregonar los valores militares y el sentido del deber.

llegar al sanatorio se evidencian choques anímicos que lo llevan a prolongar su estadía, puesto que se enfrenta con una modelo de vida que lo interpela.

En primera instancia, su vida en la ciudad desaparece y se reemplaza por un mundo de enfermos que buscan sanación. Luego, se topa con actividades propuestas para todos los que habitan la montaña en la que la auscultación y el reposo son fundamentales para entrar en diálogo con el ambiente del sanatorio. Por otro lado, los demás personajes que componen la novela se convierten en una razón fundamental para que la existencia de Hans se transforme.

Durante su estadía en el sanatorio tendrá un vínculo con dos figuras muy importantes a nivel intelectual. Al principio, se topa con largas y variadas charlas que le ofrece Settembrini[2]. Luego, tras pasar varios días en la montaña, a su vida llegarán las reflexiones propuestas por Naptha[3]. Estos dos personajes son claves para el desarrollo cognitivo del protagonista, porque ellos plasman las ideas que más profundidad reflexiva tiene la obra. A su vez, al conocer las distintas personalidades que habitan ese espacio, la figura principal de la historia se encuentra con una mujer llamada Clawdia Chauchat[4], quien desde el comienzo le genera una atracción física y un afán irrefrenable por conocer más de ella:

> Era una señora que atravesaba la sala, una mujer, más bien joven, de mediana estatura, vestida con una blusa blanca y una falda de color, con el cabello de un rubio rojizo peinado en trenzas arrolladas en torno de la cabeza. […] Andaba de una manera extrañamente furtiva, con la cabeza un poco inclinada hacia adelante, mientras de dirigía a la mesa izquierda perpendicular de la galería, a la mesa de los 'rusos bien', llevando una mano metida en el bolsillo de su

[2] Uno de los personajes fundamentales en la novela porque opera como el mentor de Hans. Sus intereses giran alrededor de la idea del progreso de la humanidad por lo que sus comentarios siempre estarán dirigidos a intentar persuadir a Hans sobre la importancia que tiene la vida activa en el mundo de Abajo.

[3] Naptha es un judío convertido al catolicismo. Representa un modelo de vida más espiritual y es el antagonista de Settembrini. Estos dos se pelean constantemente la atención de Hans por medio de la exposición de sus ideas sobre la humanidad en cada una de las charlas que tienen con él. Tanto Settembrini como Naptha quieren ocuparse de la educación de Hans, pero ambos tienen posiciones contrarias.

[4] Esta mujer representa el personaje femenino más importante de la novela. La atracción que siente Hans por ella termina siendo una de las razones que ayudan a que él se quede más tiempo del previsto en el sanatorio. Chauchat representa el erotismo en primera instancia, pero dado el desarrollo de la novela, este simbolismo termina mutando hacia la representación del amor como impulso de vida.

> blusa de lana, mientras con la otra, elevada a la altura de la nuca, se iba arreglando el peinado (Mann, 1954, pp.72-73).

De este modo, la vida de Hans da todo un vuelco estructural, porque la existencia llena de interrogantes y aburrimiento que llevaba, lo confronta y lo conduce a un encuentro más espiritual estando en la montaña.

A partir de estas características generales del libro, se logra evidenciar gran parte de los argumentos que hacen de este escrito una novela de formación. Al leerlo, se puede observar que toda la historia está enmarcada en un lapso bastante amplio y que todo ese transcurso temporal representa la mutación que Hans tiene a nivel personal, cognitivo y espiritual. Particularidades que son esenciales al momento de buscar un tema de reflexión filosófica que surjan de la narración.

Llegados a este punto, hay que resaltar la capacidad que tiene Thomas Mann como escritor para poner entre líneas temas muy versados de reflexión. Es de apuntar que la vida de este escritor se dio en el eje de una Europa muy enriquecida a nivel cultural y humanístico en la primera mitad del siglo XX. De ahí que sus intereses académicos e intelectuales estuvieran alineados desde una óptica espiritual a la Biblia, y desde un lineamiento más filosófico a partir de las propuestas de Goethe, Freud, Nietzsche y Schopenhauer. Las distintas lecturas a las que le dedicaba tiempo representaron un espacio importante en su formación. Así lo muestra en uno de sus escritos:

> No he evocado aquí ni las experiencias que contribuyeron a formarme en mi infancia y mi primera juventud, ni la impresión imborrable que me causaron los cuentos de Andersen, ni aquellas tardes en que escuchábamos cómo nuestra madre nos leía *Stromtid*, de Reuter, o nos cantaba canciones al piano, ni el culto que profesaba a Heine por la época en que escribí mis primeras poesías, ni las horas apacibles y llenas de entusiasmo que, después de salir de la escuela, pasaba leyendo a Schiller junto a un plato lleno de rebanadas de pan untadas con mantequilla. Mas no quiero pasar del todo por alto ciertas experiencias grandes y decisivas, debidas a lecturas que realicé por los años a que hemos llegado ya en este relato: me refiero a la experiencia de Nietzsche y a la de Schopenhauer (Mann, 1971, p.28).

En efecto, los escritos que tenemos de este gran autor obedecen a un amplio repertorio compuesto por novelas, cuentos, ensayos, correspondencias y relatos autobiográficos. Esta sumatoria de obras le otorgaron un gran reconocimiento por su narrativa y agudeza. Solo por hacer una mención rápida resalto las siguientes obras: *La muerte en Venecia, Tonio Kröger, Tristán e Isolda, Mario y el mago, Doctor Faustus, José y sus hermanos* y por supuesto *Los Buddenbrook*. El valor de su obra le permitió obtener el Premio Nobel de Literatura en 1929. Un espacioso compendio de libros que dan muestra de la vida de un hombre que fue testigo del esplendor de su continente, pero también de las catástrofes que se dieron a partir del surgimiento de la Gran Guerra. Hechos que dejan una marca importante en sus intereses como escritor, pues las búsquedas espirituales y filosóficas que aborda en sus textos están delineadas por las consecuencias que deja tras de sí las vivencias personales. Una razón que nos da la posibilidad de entender la importancia que tiene la relación de los escritos literarios y la reflexión filosófica.

En este sentido, partiendo de las generalidades expuestas de la novela, el valor de esta monografía radica en la composición que se desprende de lo que la literatura nos muestra de la realidad y lo que la filosofía cuestiona y reflexiona. Esto teniendo claro que una es la reflexión que puede brotar desde una perspectiva netamente literaria, otra desde el campo filosófico y otra a partir de la relación de estas dos formas del pensamiento. Así, si la literatura es una herramienta para plasmar la realidad, la filosofía es el complemento para cuestionarla y reflexionar sobre ella, logrando que estas dos ramas se puedan fusionar para convertirlas en instrumentos que aporten contenido teórico suficiente para poder llevarlo a la práctica.

Por tal motivo, la relación que se propone parte de la literatura como posibilidad que desemboca en una conducta filosófica. Con ello no se pretende ahondar en esquemas canónicos de la filosofía, ya que esto delimitaría un aspecto en específico al centrarse solo en algunas temáticas propuestas en la novela. Más bien, lo que se busca es tratar de entregar una mirada general de los tópicos que se evidencian en ella, de tal forma que los temas que surjan en conjunto den las herramientas necesarias para hacer un comparativo entre el mundo literario y el mundo real. Un paralelo que sirve como argumento para cuestionarse alrededor

de lo que debería ser una vida fundamentada en la reflexión crítica, el amor a la vida y la actitud filosófica.

En este marco, el interés puntual de este escrito radica en la búsqueda del buen vivir en el que se encuentre al amor a la vida por medio de una actitud filosófica. Un hallazgo que se da gracias al deseo de vivir y a la reflexión que posibilita una nueva forma de vida. En este sentido, la vida se convierte en un arte en el que debe existir el pensamiento que motive las acciones en pro de la vida, alejándose de lo que en la novela se entiende como enfermedad. Esta idea se complementa con la postura de Nehamas (2005) quien dice que: "tener ideas filosóficas es, por supuesto, esencial para vivir una vida filosófica: el arte de vivir filosófico combina la actividad práctica con el discurso filosófico" (p.153). Una combinación que conduce al deseo de adquirir una postura reflexiva con respecto al actuar en el mundo.

Por tanto, el primer capítulo tiene como principal cometido comprender el paralelo entre dos mundos que se empiezan a crear en la novela. Uno es el mundo de Abajo, el que está dejando Hans por ir a visitar a su primo, y el otro es el mundo de Arriba en donde yacen las personas enfermas alejadas de la ciudad. Dentro de este comparativo, la reflexión gira en torno a precisar qué se entiende por enfermedad y cómo llega a la vida del protagonista, pues esta es una de las principales razones para que él decida extender su estadía en el sanatorio y se encuentre con herramientas que le permitan entender la importancia del reposo con el propósito de encontrar una pasión por la vida.

En el segundo capítulo, por su parte, se reconocerá el reposo como ejercicio que permite alcanzar la contemplación y, así, encontrar el camino de la cura de la enfermedad que aparece en la vida de Hans una vez llega al sanatorio. En este punto, la montaña empieza a convertirse en un puente que enruta al protagonista a tener consciencia de sí, de su entorno y de la gente que lo rodea. El paralelo entre el Arriba y el Abajo sigue siendo una parte esencial para entender cómo se da la sanación y por qué el viaje hacia la montaña constituye una razón necesaria para evaluarse y reflexionar sobre los aspectos agobiantes que delimitan el gusto por la vida.

Finalmente, el tercer capítulo configura la contemplación, la libertad y el amor como los elementos fundamentales para vivir desde una actitud filosófica que esté mediada por el protagonismo del pensamiento crítico y no por los aconteceres mediáticos y/o productivos que impone el mundo de Abajo.

Cabe resaltar que uno de los hallazgos principales dentro del análisis es el encuentro del amor, pero hay que aclarar que al hablar de este hallazgo no se está haciendo referencia a un amor romántico, ni pasional. Más bien, este amor es un referente que permite argumentar el tránsito que tiene Hans para reencontrarse con la vida desde una perspectiva más amena, alejado del desinterés y aburrimiento que lo allanaban antes de emprender el viaje a la montaña. Es decir, se puede hablar de este sentimiento como amor por la vida o pasión por la vida. El encuentro del amor a la vida o el impulso de vivir, con el que se encuentra luego de todo el transitar en el sanatorio, es un logro que se da gracias al pensamiento. Y esto es lo que representa a gran escala la actitud filosófica en donde reposan los argumentos teóricos para pensar la realidad y la voluntad para llevar la reflexión a términos prácticos, pues como se sostendrá más adelante, quien no tenga la capacidad de asumir la vida desde una perspectiva de análisis, se someterá a las directrices de un sistema que anulan la libertad individual y con ello la existencia misma, pues como dice Fromm (1959): “sin amor, la humanidad no podría existir un día más” (p.17).

De esta forma, con el fin de orientar una lectura desde la filosofía -y en el marco de una relación general entre filosofía y literatura- me valdré esencialmente de los apuntes del pensador colombiano Estanislao Zuleta, quien fue un arduo investigador de las problemáticas que se desprendían de los escritos de Thomas Mann y en especial de *La montaña mágica*. A su vez, el filósofo contemporáneo Byung-Chul Han servirá como base argumentativa para meditar alrededor de la enfermedad que se establece en el mundo de Abajo y que perfectamente se asemeja a la sociedad mecanizada y consumista del mundo actual que él cataloga como la sociedad del cansancio.

Por otro lado, también serán utilizadas las opiniones de Georg Lukács -crítico de la obra de Thomas Mann- para problematizar varias de las perspectivas que se van desglosando a lo largo del escrito. Además, me apoyaré en los apuntes del mismo Mann, en donde aborda sus

posturas de carácter más filosófico que literario hablando de Schopenhauer y Nietzsche, y tomaré algunos apuntes de Erich Fromm para pensar en una postura de vida desde la óptica del amor.

Además, aparecerán referencias literarias y algunos apuntes propuestos por otros pensadores como Alexander Nehamas y Martin Buber que ayudarán a enriquecer la reflexión. Sin embargo, es necesario decir que, basado en la búsqueda de la relación literatura - filosofía a partir de una obra literaria, no opté por utilizar otros autores, porque considero que los puntos de análisis que brotan de la novela entablan una estructura argumentativa que permite un acercamiento reflexivo suficiente para pensarnos como sociedad y cuestionarnos filosóficamente.

1. Enfermedad como contraste

De acuerdo con el planteamiento ficcional de Thomas Mann en su novela *La montaña mágica*, existe una brecha entre lo que el autor propone como el mundo de Arriba y el mundo de Abajo. Para ser más fieles a esta distinción, Mann proporciona un paralelo entre el mundo de la montaña y la llanura, en donde, de forma diferenciada, se producen prácticas que contrastan el modo de operar de las personas que se encuentran en uno u otro ambiente. A partir de esta descripción, se puede ver ambos estados como si fueran mundos paralelos en los que parece no haber espacio para llevar prácticas y/o costumbres de uno a otro dadas las diferencias entre sí, pero también es evidente que se puede pensar en uno si se sabe de la existencia del otro. Estos mundos terminan siendo un contraste, pero configuran una unidad reflexiva entre ambos.

Para entender esto, hay que posicionarnos en la trama de la novela, dentro de la cual el protagonista Hans, luego de una sugerencia médica decide visitar a su primo Joachim en el sanatorio Davos-Platz ubicado en las montañas. Con esto, el primer aspecto que se resalta es el trayecto que debe recorrer para llegar hasta allí: no es una distancia lineal, sino que es un ascenso el que debe realizar para arribar.

> Las grandiosas perspectivas de sagrada fantasmagoría y el amontonamiento del universo alpino en donde se iba penetrando al elevarse, se abrían para luego escapar, en una curva de la vía, huyendo de la mirada admirativa. Hans Castorp se dijo que debía haber dejado tras él la zona de árboles con hojas y la de los pájaros cantores, y este pensamiento de cesación, de empobrecimiento, hizo que, poseído de vértigo y de ligeras náuseas, se cubriese, durante dos segundos, la cara con las manos. Pero ya había pasado. Comprendió que la ascensión estaba terminada. El punto culminante del desfiladero había sido franqueado. En medio de un valle el tren rodaba ahora más agradablemente (Mann, 1954, pp.12-13).

Así pues, este viaje es un detonante en la existencia de Hans porque una vez emprende ese camino, su vida cambia radicalmente. Desde que sale de la ciudad en dirección a la montaña, su pensamiento comienza a ser protagonizado por el paisaje que lo va permeando a medida que se aleja de la cotidianidad. Sus reflexiones giran en torno a lo que ve y va sintiendo en el largo camino. En primera instancia, su interés no obedece a ningún afán de cambio. Él solo

quiere hacer caso a la sugerencia del médico y aprovechar el consejo para visitar a su primo. Confiaba plenamente que la vida en la que estaba enfrascado en la ciudad no tendría ningún cambio al subir a las montañas. Tal vez, solo sería un cambio de clima y un cambio de paisaje. Lo único que aspiraba con este movimiento tan determinante era experimentar. Mann (1954) nos lo cuenta así:

> [Hans] No tenía la intención de tomar este viaje particularmente en serio, de mezclar en él su vida interior. Su pensamiento había sido más bien el de realizarlo rápidamente, hacerlo porque era preciso, regresar a su casa tal como había partido y reanudar su vida exactamente en el punto en que la abandonó por un instante. [...] Deseaba llegar, pues una vez allá arriba, pensaba que se viviría como en todas partes y nada le recordaría, como ahora, durante la ascensión en qué esferas impropias se encontraba (p.12).

De esta forma, el ascenso que nos describe Mann, unido al sentimiento que se va generando en el protagonista de la novela, permite vislumbrar la división referenciada al comienzo del escrito en el que se configura un símil entre la vida que empieza a dejar Hans (así en principio no se manifieste de una forma evidente) y la vida próxima, entendiendo por esto todo lo posible en la estancia en la montaña. Misma división que nos referencia un mundo de Abajo, en donde Hans está cansado, aburrido y pensativo, y un mundo de Arriba, donde aspira a llegar para ver qué pasa. Este último es un mundo que, en principio, no le ofrece a Hans un cambio drástico y estructural en su vida, pero que por lo menos le brinda una mirada distinta y le altera por un determinado tiempo la monotonía con la que había estado luchando.

Llegados a este punto, es preciso describir que Hans a su corta edad -23 años- tenía las comodidades de un burgués. Sus padres habían fallecido cuando aún estaba pequeño, pero bajo el cuidado de su abuelo y luego de su tío, había logrado forjar su carácter y acceder a placeres que siendo de un ámbito social inferior no hubiera experimentado. Tenía una vida organizada, había estudiado ingeniería y estaba postulado para un trabajo como ingeniero naval -un trabajo soñado dentro su carrera profesional-. Para cualquiera, Hans tenía la vida resuelta. Una vida idílica en la que el dinero suplía las necesidades básicas y los demás placeres se compensaban con el conocimiento académico y el trabajo ideal. Pero parece ser que sus intereses y esperanzas estaban desligados de la perfecta vida que se había forjado.

Más bien, se veía que sus deberes le generaban más preocupación que satisfacción. Este panorama fue el impulso para emprender el viaje hacia un lugar desconocido y alejado de la cotidianidad que parecía asfixiarlo. Su vida en la ciudad no parecía tener sosiego, la monotonía circular, donde todo implicaba una repetición mecánica infundada por la sinrazón, le estaba nublando la pasión con la que se debería realizar cualquier actividad. Ese mundo citadino en el que no hallaba alegría para vivir se tornaba gris, hostil, amargo e incómodo.

Por consiguiente, el hecho de enfrentarse a un largo camino para llegar al sanatorio donde estaba su primo Joachim era lo mínimo que podía hacer para darle descanso a la rutina agobiadora en la que estaba. La idea que tenía en la mente era cambiar su cotidianidad por tres semanas. Tal vez, luego de ese tiempo, podría regresar a la llanura y vivir con una perspectiva diferente su condición de ser humano en el mundo. Quizás, estando Arriba, encontraría un aire que le hiciera descubrir la pasión para afrontar el devenir de la vida y enfrentarse a ella, de manera que la repetición en su forma circular de presentación podría quedar en segundo plano si hubiera una razón y un interés al momento de actuar.

En esta perspectiva, el viaje podría representar el encuentro emocional que le ayudaría a Hans a desligarse de las ataduras que le impedían disfrutar la vida. Podría ser la forma de experimentar una cura espiritual, puesto que el recorrido hacia la montaña constituye un enfrentamiento directo con los modos de existencia: la vida cotidiana se pausa para dar paso a la reflexión. Acción que representa el panorama perfecto para modificar los disgustos de la vida de Abajo según la óptica del pensador húngaro Georg Lukács, quien dice:

> las personas [en la montaña] están “de vacaciones”, liberadas de sus problemas cotidianos, de sus luchas por la existencia. Y así, lo que estas han llegado a ser en lo moral y espiritual al cabo de sus luchas y problemas, puede ser desarrollado, gracias a este procedimiento, de una manera mucho más libre, concentrada, ajena a cualquier posible inhibición, y con la mirada claramente dirigida a los problemas cruciales de la visión del mundo (Lukács, 1969, p.39).

Con este panorama, Hans no esperaba nada de la montaña, simplemente, unidos a la visión de Lukács, era un lugar para ir a vacacionar. El sanatorio no era más que un sitio distinto a la ciudad en el que podía permanecer y disfrutar la compañía de su primo. Pero al llegar allá, a ese mundo de Arriba, su pensamiento fue mutando. El recorrido por el sanatorio Davos-Platz

lo fue enfrentando con un universo de personalidades que hacían de ese espacio otro mundo, razón por la que es posible establecer la división entre el mundo de Arriba y el mundo de Abajo, pues allí, sus nociones de espacio y tiempo fueron las primeras en cambiar desde el momento de la llegada. Primero, todas las personas del sanatorio poseían algún malestar -incluso los médicos-. Por otro lado, el tiempo que los pacientes llevaban allí era demasiado. Eran años los que cobijaban el período de quienes estaban en la montaña buscando la cura para el mal que los aquejaba, pero esa duración se relativizaba al ver los rostros de cada uno de los habitantes, pues el trato con el que recibían a Castorp estaba lleno de amabilidad y buen humor. Ninguno parecía padecer su estancia en el sanatorio. Por el contrario, se reflejaban como personas alegres, felices con la vida; asunto que representó un choque emocional para Hans, porque él veía en los pacientes la disyuntiva entre el querer curarse estando allá y la imposibilidad de hacerlo, lo que provocaba que sus permanencias en el sanatorio se alargaran. Este panorama hacía del protagonista una especie rara entre los enfermos, ya que él se creía el único sano dentro de todos los habitantes de ese mundo, pero a su vez, era el único que no estaba permeado de la satisfacción con la que vivían los enfermos de la montaña.

Una prueba de este choque emocional se da en el momento en que su primo le empieza a dar el recorrido por el sanatorio. Durante ese tiempo, son muchas las personas con las que se topa y la mayoría son objeto de burla para él. Para Hans, esas personas oscilaban entre la locura y la ridiculez, sobre todo por el ánimo con el que le daban la bienvenida a ese mundo. Esta situación lleva a nuestro protagonista a preguntarse por esa alegría extraordinaria de los enfermos que circulaban en el ambiente del sanatorio, a lo que Joachim responde con contundencia:

> ¡Dios mío –dijo–, se sienten libres!... Quiero decir que son tan jóvenes que el tiempo para ellos no tiene ninguna importancia. ¿Por qué tienen que poner la cara triste? Algunas veces pienso: estar enfermo y morir no es, verdaderamente, una cosa muy seria; es más bien una cosa de dejar pasar; las cosas serias no se encuentran más que en la vida de las llanuras. Creo que comprenderás cuando hayas permanecido aquí bastante tiempo (Mann, 1954, p.52).

Con este panorama, se empieza a dar un cambio de perspectiva en el personaje, puesto que, a partir de aquí, se comienzan a develar las distintas nociones que se tienen de la vida desde la perspectiva de la montaña. Incluso, la cotidianidad con la que venía Hans del mundo de la llanura se va a ver modificada por la concepción que le brinda su primo con la respuesta sobre la alegría con la que viven los habitantes del sanatorio. Por eso, asuntos como el tiempo y la muerte son dejados de lado. Esos tópicos son hijos de la cotidianidad de Abajo. Arriba son otros los pensamientos los que cobran protagonismo y de eso da cuenta la actitud extraordinariamente alegre de los enfermos, quienes viven su día a día a otro ritmo, con otras preocupaciones, con enfoques diferentes y prácticas distintas. En la montaña, la cotidianidad de Hans se modifica ante la noción de la vida que tienen los que enfrentan su enfermedad mediante las actividades que se incentivan en el sanatorio. Incluso, esa perspectiva que brinda la montaña permite desligarse completamente de lo que ofrece la ciudad con su transitar veloz. Por eso, se plantea que aquello que merece toda la atención en la llanura, carece de importancia en la montaña. Sensación que se plasma desde que Hans llega al sanatorio y se topa con los salones vacíos:

> - ¿Dónde están los huéspedes? –preguntó a su primo.
>
> - Hacen la cura de reposo –respondió este–. Yo tengo permiso para salir hoy, pues quería ir a recibirte. Normalmente también estoy tendido en la galería, después de la comida (Mann, 1954, p.17).

Desde este enfoque, inicia una secuencia de elementos que conflictúan a Hans al encontrarse con algo nuevo, pero que, a su vez, posibilita trazar la división entre lo que se vive en la ciudad y lo que se vive en la montaña. Cada superficie cuenta con diferencias que van más allá de la posición geográfica y de la altura con respecto al mar. Pues bien, el primer problema con el que se encuentra el protagonista luego de dar a entender que solo iba a estar por tres semanas en el sanatorio, es el del tiempo:

> - *¡O dio!* ¡Tres semanas! ¿Lo ha oído usted, teniente? ¿No es, acaso, un poco impertinente decir: vengo para pasar tres semanas y luego me marcho? Nosotros no conocemos aquí esa medida de tiempo que se llama semana; permítame, señor, que le dé esta lección. Nuestra

> unidad más pequeña es el mes. Contamos largamente, es éste un privilegio de las sombras (Mann, 1954, p.57).

Esto constituye una problemática en el pensamiento del protagonista, pues su concepción del tiempo está mediada por las actividades desgastantes y repetitivas del mundo de Abajo, en donde el espacio para el pensamiento y la meditación no tiene cabida. Pensamiento que choca con la perspectiva que tienen los habitantes de la montaña, pues sus actividades diarias están regidas por la calma y el reposo, no por el afán de terminar una actividad para empezar otra y así tratar de ahorrar tiempo -como si este se fuera a desvanecer-. En esa medida, se lee un contraste que representa uno de los grandes tópicos de la obra, y que, a su vez, es uno de los rasgos que fundamenta el comportamiento de los personajes. Sin embargo, reconociendo que es un tema filosófico, no es interés de esta monografía profundizar en él, pero sí es uno de los asuntos en los que se debe detener el pensamiento de Hans para lograr entender cómo viven y qué hacen quienes habitan la montaña, y así, develar lo que pasa alrededor de ese nuevo hábitat.

Así pues, a partir de esta primera confrontación, llega otra constante que es muy propia del mundo de Arriba, a través de la cual se plantea la inacción para darle vía libre al pensamiento. En este lugar, cada uno de los enfermos, de forma sagrada, se dedica a la contemplación por medio de lo que se conoce como la cura del reposo: un estado determinante y diferenciador, en el que la actividad solo es mental. En este estado no se debe hacer nada más que estar, sentir y pensar. Dejar reposar el cuerpo en una silla que le permita al organismo no percibir ninguna anomalía o incomodidad, para permitir que la mente se despeje y los músculos se relajen. La cura del reposo representa el espacio que se le da a la razón para que se ejercite, ejercicio que representa la piedra angular en el interés formativo y curativo de Arriba, ya que es una actividad que se debe hacer dos veces al día y es la que promueve el camino más cercano para la cura de las enfermedades que habitan en los pacientes del sanatorio.

Dentro de este orden de ideas, y partiendo de las características que nos ha brindado Thomas Mann en esta novela por medio de los planteamientos que la estructuran, los dos mundos en los que ha habitado el protagonista de esta historia tienen composiciones diferentes. En la llanura, permanece la actividad y el desgaste físico que produce la repetición circular de los

quehaceres cotidianos. La existencia se reduce a los cánones biológicos de la naturaleza humana: nacer, crecer, reproducirse y morir. Todo gira en torno a la obtención de logros que obedecen a la funcionalidad de un sistema social y político. Pero, la figura de Hans demuestra cómo esos triunfos dejan un sinsabor que no se logra percibir a simple vista, porque la inmediatez del día a día es tan rápida que solo hay espacio para la acción en función de la adquisición, un ambiente en el que empieza a formarse la enfermedad por medio del cansancio y la soledad que de allí surgen. Martin Buber (2014) reflexiona sobre esta perspectiva diciendo:

> Las nuevas formas de sociedad que trataron de colocar de nuevo a la persona humana en conexión con los demás como por ejemplo, la unión, el sindicato, el partido, han podido, sin duda, despertar pasiones colectivas capaces de "llenar", como se dice, la vida de un hombre, pero les ha sido imposible restaurar la seguridad perdida; la creciente soledad es tan sólo adormecida por el tráfago de las ocupaciones, pero cuantas veces el hombre vuelve a su remanso, a la realidad genuina de su vida, percibe de pronto la sima de su soledad y en ella experimenta, al encararse con el fondo mismo de su existencia, toda la hondura de la problemática humana (p.76).

Por su parte, la montaña brinda un panorama completamente diferente al planteado en las llanuras citadinas. Desde el esfuerzo que supone escalar una pendiente, se evidencia que la recompensa no es tan mediática como la circularidad que brinda el día a día de la ciudad. Tener que esforzarse para llegar a una cima detona un interés que en principio está mediado por el afán de retribución, pero luego se mueve por la necesidad de contemplación. Hans demuestra que el mero hecho de llegar a la montaña ya representa un cambio por sí solo; no un ciclo como lo haría el final de un día laboral en el mundo de Abajo, sino más bien una gratificación que es protagonizada por el espacio que hay para el pensamiento. Aquí, Thomas Mann pone sobre el papel una división entre dos mundos que están separados por la forma de razonar entre sí y por el protagonismo que le dan a la reflexión dentro de ellos. En la llanura se manifiesta el pensamiento según un interés colectivo que obedece a las funcionalidades del actuar por actuar, de la circularidad de los actos repetitivos que giran en torno a la obtención de una recompensa en función del trabajo arduo y sistemático. Abajo no hay espacio para la individualidad, porque el movimiento debe ser masivo para que el sistema

funcione. El cansancio no le da espacio a la razón, pero deja un sinsabor, el cual cuestionó a Hans y terminó siendo el motivo para que emprendiera ese viaje al mundo de Arriba. La llanura es un mundo que busca la estandarización: “El capitalismo moderno necesita hombres que cooperen mansamente y en gran número; que quieran consumir cada vez más; y cuyos gustos estén estandarizados y puedan modificarse y anticiparse fácilmente” (Fromm, 1959, p.55).

En contraposición, la razón en la montaña es la protagonista. Incluso, en términos lógicos, es una pieza fundamental. Arriba hay enfermos. Hans se ha dado cuenta que todos esos enfermos buscan la cura y el camino para esa cura tiene como principal acción el reposo. La cura del reposo constituye el espacio que da cabida a la razón y, por ende, a la contemplación. La vida cíclica en la que las labores individuales se ejecutan en función de un sistema, son dejadas de lado para darle importancia al pensamiento. En la montaña hay tiempo para pensar, para meditar, para reflexionar sobre todas las demás cosas que constituyen al ser humano y lo hacen persona. Hay tiempo para el diálogo y la interacción entre los habitantes de ese lugar. El sanatorio en la montaña representa la cura para las enfermedades, pero a su vez, es la apertura al conocimiento pausado que se puede construir en comunidad y del que se está privado si se está absorbido por el mundo efímero de la llanura.

Debe señalarse, que el mundo de la llanura es una especie de cápsula que elimina la razón para poder mecanizar los procesos, siendo los enfermos que van a la montaña, la consecuencia de una sociedad que se limita a correr para impedir que el tiempo se les escurra y a no pensar para ahorrar energía mental. Panorama que termina deteriorando al ser humano y sistematizando sus funciones, al punto tal del embrutecimiento, un término utilizado por Estanislao Zuleta en su estudio sobre *La montaña mágica.* Este filósofo colombiano, desde el contraste manifestado entre los dos mundos propuestos en la novela, critica la llanura como el estado en el que la costumbre reina -y, por ende, la razón desaparece-:

> Lo trágico de su situación [refiriéndose a los personajes de la llanura], y en general de las gentes de nuestra época, está en esa capacidad para acostumbrarse, capacidad de embrutecimiento que posee una sociedad que, en sí misma, es terrorífica y absurda; que es

> capaz de la incoherencia más espantosa y de la inhumanidad más completa: la convivencia evidente y permanente del derroche y la miseria (Zuleta, 2022, p.56).

Visto de esta forma, Hans llega a un mundo nuevo, el cual ofrece nuevas formas de relacionarse con el espacio y el tiempo. Un mundo en el que sus angustias sí tienen importancia y no son opacadas por las operaciones sistemáticas que se le imponen en la llanura. Él llega a un lugar de enfermos que buscan cura mediante el reposo y cree que él es el único sano, pero luego de ver la importancia que tiene el espacio para la reflexión, sus pensamientos comienzan a confrontarse entre sí y bajo la mirada de los demás habitantes que lo interpelan cada vez que él dice estar sano, da un vuelco a su estructura mental que lo lleva a dudar sobre su estado de salud. La condición de extrañeza que siente Hans cuando llega, puede ser equivalente a la extrañeza que siente el personaje Chridaman en otra novela de Thomas Mann (*Las cabezas trocadas*) en donde aquel, ante el deslumbramiento y amor que empieza a experimentar por Sita, no deja de sentirse ajeno e indigno de ella hasta que la hace su esposa (Mann, 2021). Si bien, la condición de extraño regresa a Chridaman y hace que se quite la vida, en Hans se va modificando a medida que transcurren los días en el sanatorio. Hans, con cada persona que conoce, con cada charla que tiene con los médicos del sanatorio, llega a la conclusión de que no está tan sano como realmente parece. Tal vez la decisión de abandonar la ciudad estuvo impulsada por una necesidad irrefrenable de curar los pensamientos angustiantes, y comprende, de modo sustancial, que el reposo -o el tiempo para dedicarse a pensar- debe ser una herramienta fundamental en la vida de cualquier ser humano. Por eso, su estancia Arriba se alargó. Luego de la evaluación personal a la que se sometía a medida que iba conociendo el sanatorio, llegó a la conclusión de sentirse como un enfermo más, y a su vez, sentir la necesidad de buscar la cura en la montaña.

Dentro de este marco, Hans -y dado el orden causal para llegar a dicho planteamiento- reconoce que la enfermedad es producto de la angustia que se fue generando en la llanura parca, gris y desmotivadora que obedece a los estándares del capitalismo consumista. Una angustia que se genera por el temor venido de la incertidumbre de pensarse en un espacio donde la razón no tiene cabida y que, por eso, no se identifica de inmediato como una enfermedad. Dicha angustia se va manifestando paulatinamente y solo detona cuando el

personaje sale de la cotidianidad hostil para situarse en un espacio que le motive y le permita pensar en otras cosas. Dicho en otras palabras, de la enfermedad de la llanura solo se tiene conciencia cuando se sale de ese mundo. Bien lo dice Lukács (1969) al afirmar que: "Las mejores figuras, sin embargo, se hacen precisamente conscientes de ese contenido de sus vidas sobre el que no "tuvieron tiempo" de reflexionar cuando estaban inmersas en su tráfico capitalista cotidiano" (pp.39-40). El autor deja claro, de este modo, la necesidad de buscar una cura fuera del entorno en el que se genera la enfermedad.

Se plantea entonces un contraste muy claro en la vida del protagonista, pues siendo un burgués, con estudios, con oportunidad de trabajo, carente de necesidades básicas y sin enfermedad alguna, siente la necesidad irrefrenable de hacer un pare en su vida para tratar de solventar una angustia que lo atormenta y que estando en la montaña, ve que es una enfermedad más. Una enfermedad de ánimo, de pasión, de interés, en la que el cuerpo sigue los pasos del pensamiento. Por eso, si no hay un impulso de vida que lo lleve a ejecutar una acción con sentido y eficacia, el ánimo acaba por dominar el cuerpo y es opacado aún en situaciones que parecen completamente favorables como las que rodeaban a Hans en el mundo de la llanura.

Pero, lo realmente detonante en este punto son las características que dibujan el mapa social del mundo de Abajo, en donde el rendimiento y el cumplimiento obligatorio del deber se apoderan de la vida de los seres humanos, configurando un sistema que rapta pensamientos para convertirlos en máquinas de operación impidiendo un lugar para la pasión. Es un mundo que termina enfermando el ánimo, tal como le pasó a Hans. Y lo hace desde un método muy silencioso, pues en el afán de ejecutar acciones para recibir recompensa, no hay oportunidad para reflexionar sobre lo que agobia, desgasta, entristece y da miedo. Allí se termina siendo máquina para obedecer al capitalismo. Sobre esto, Zuleta (2022) dice:

> Lo terrible del capitalismo no es tanto que sea una sociedad invivible, basada en la explotación, en la que los éxitos de unos pocos no son más que los fracasos del resto y donde la mayoría de veces los éxitos son macabros; lo más terrible y trágico del capitalismo es que, mediante el embrutecimiento y el encallecimiento de la sensibilidad, termina por hacerse natural a quienes lo admiten. Eso es precisamente lo peor. La gente que vive en una situación

> de drama insoportable podría modificar su vida si no viviese ese drama como algo natural (p.57).

De hecho, este mundo de la llanura acaba esquematizando todos los procesos de los habitantes de su sistema y, por tal razón, termina formando enfermos cansados de la circularidad que ofrece el mundo, donde no hay espacio para la reflexión y del cual no logran salir por las consecuencias que ese sistema ha creado: enfermedad y cansancio. Son pocos los que logran descubrir esa problemática. Pero son menos los que logran salir, puesto que no hay ánimo en la enfermedad y no hay cabida para el pensamiento crítico cuando hay cansancio. Y esto no va en contravía de un mundo donde las responsabilidades y los deberes desaparezcan, pues parte del avance social y personal que se tiene como ser humano, debe estar anidado al querer y al deber hacer. Sin embargo, la forma como se cohíbe la razón en un mundo sistemático hace del ser humano un objeto más dentro de la cadena productiva, llegando a lo que Byung-Chul Han denominaría la sociedad del cansancio.

Precisamente, en el libro titulado *La sociedad del cansancio* (2010), Han (2023) dice: “En realidad, lo que enferma no es el exceso de responsabilidad e iniciativa, sino el imperio del rendimiento como nuevo *mandato* de la sociedad del trabajo tardomoderna” (pp. 28-9). Palabras que permiten entender el mundo de la llanura como un lugar que delimita las posibilidades del pensamiento para arrasarlas con la fuerza del trabajo arduo y repetitivo; también como un mundo que se niega a los ofrecimientos que trae el razonamiento crítico para dejarse llevar por el afán de acaparar fuerza de trabajo que dé frutos a través del rendimiento efectivo.

Ahora bien, estas afirmaciones no pretenden desvirtuar la importancia del trabajo y el espacio que tiene en la vida de los seres humanos. Lo que se debe enfatizar es en la mecanización de la producción que termina convirtiéndose en una enfermedad donde no hay más lugar que para la actividad desgastante y agotadora. Se debe entender que el trabajo por sí solo no representa una amenaza, ni que las formas de relación social en donde se debe acceder a la acción para poder alcanzar satisfacción no constituyen un acto indigno. Lo que sí debe ser importante, es la capacidad de racionalización que se tiene dentro de esas formas de vivir. La forma de pensar en los demás y pensarse a sí mismo sí debe tener un espacio garantizado en

la vida humana para que la enfermedad no sea bienvenida. Esto lo desglosa muy bien Zuleta (2022) al decir que:

> El trabajo no puede ser ni aprobado ni desaprobado, puede ser cuestionado. Es necesario mostrar que hay diferentes tipos de trabajo y formas de trabajar. A una persona le puede encantar el trabajo que hace por muchas razones diferentes, por ejemplo, porque le permite superarse, o porque se le ha convertido en una droga, lo cual es muy frecuente, o porque encuentra en él las posibilidades de realizar sus tendencias neuróticas, por ejemplo su masoquismo –trabajar en algo que no le gusta–, o, al contrario, tener tendencias más bien sádicas y dominantes y manejar al personal al que imparte órdenes. […] mediante el trabajo se logra la despersonalización, la obediencia ciega, la despreocupación por sí mismo, la mecanización, el empleo del tiempo en producir o consumir que de no usarse en eso se usaría para reflexionar y sentir angustia. Es una droga de un poder terrible y como todas las drogas de alto poder puede producir total adicción (p.89).

Debido a lo anterior se puede describir el mundo de la llanura como un espacio donde habita la enfermedad en el que la cotidianidad repetitiva, va creando enfermos que carecen de intencionalidad en sus acciones. Hans es la prueba de los efectos que produce ese mundo que condiciona, obligando a buscar salidas que brinden otra perspectiva de la vida, motivando a emprender un viaje por el camino de la curación. El mundo de Abajo constituye la tragedia de una vida que tiene sueños, metas y propósitos. Es un mundo en el que el interés por la vida misma se nubla ante tanta necesidad de acción.

Así pues, el panorama que se divisa en la vida de Hans logra mostrar un contraste bien definido entre dos mundos que existen de forma simultánea, pero que son directamente opuestos. En este contexto, la llanura se establece como la razón de la enfermedad de Hans y, por tanto, la causa suficiente para que el tiempo en la montaña no solo fuera el pensado al principio.

Para entender un poco más la diferencia existente entre el mundo de Arriba y el mundo de Abajo, y entender cómo en la llanura la ausencia de tiempo para pensar y pensarse a sí mismo es la razón de la perdida de pasión por las cosas, Thomas Mann (2019) en su ensayo sobre Schopenhauer se refiere al ánimo (en palabras de Mann, la voluntad) de la siguiente manera:

> La voluntad era el fondo primordial último e irreductible del ser, era la fuente de todos los fenómenos, era el engendrador y productor de todo el mundo visible y de toda vida, presente y actuante en cada uno de los fenómenos, pues era la voluntad de vivir. La voluntad era enteramente voluntad de vivir, de tal modo que quien dijese 'voluntad' estaba hablando precisamente de la voluntad de vivir, y quien se sirviese de esa fórmula más extensa cometía en realidad un pleonasmo. La voluntad quería siempre sólo una cosa: la vida (p.38).

Aquí, es el mismo Thomas Mann quien nos muestra que la enfermedad de Hans se puede entender como falta de ánimo, de voluntad, de pasión, de interés. Una voluntad que es robada por la inmediatez de la vida activa. Si no hay voluntad no hay vida. Sin voluntad solo existe la mecanicidad de una labor que opera sin fundamento ni respuesta racional. No hay intensión ni mucho menos amor por la actividad que se hace. La llanura termina siendo la ausencia de amor en la vida de toda persona que se deje absorber por lo cotidiano. Por eso, Hans descubre la importancia de la montaña saliendo del sistema que lo estaba devastando emocionalmente. Se topa de frente con una realidad que le abre los ojos y le hace ver que, la falta de razón también es una enfermedad y que por ende necesita cura. La montaña le muestra que era necesario emprender un viaje largo para volver a encontrar el amor a la vida y redescubrirse como ser humano por medio del pensamiento. El mismo Hans lo narra de esta forma:

> Creo que todo eso debe provenir de que yo también tengo una grieta y que, desde mi origen, he estado predispuesto a la enfermedad que se ha manifestado ahora. Pero si realmente es así, puedo decir que he tenido suerte, que es en verdad una suerte el que haya subido hasta aquí y me haya hecho auscultar. No tienes necesidad de hacerte el menor reproche sobre este punto [dirigiéndose a su primo Joachim], pues, ¿no lo has oído?, si hubiese continuado, durante algún tiempo, llevando la vida de la llanura, allá abajo, hubiese podido ocurrir que todo un lado del pulmón se hubiese ido al diablo (Mann, 1954, p.166).

Visto de esta forma, el viaje que realizó Hans hasta la montaña concluye en un enfrentamiento con la vida. El tránsito de la ciudad al sanatorio acaba representando un encuentro personal en el que busca examinar las dolencias y el desgaste. Es fuera de la llanura donde se da cuenta que su trasegar por la vida no ha estado más que predispuesto para que la enfermedad lo allane, lo contenga y le imposibilite encontrar una actividad que esté motivada por la pasión y la entrega del que ama lo que hace. Ese encuentro consigo mismo Arriba termina siendo el

paso final para entender cuál es la motivación de la existencia. Con el paso de las acciones en la montaña, se puede concebir la idea de que en cualquier actividad de la vida el amor es la clave fundamental para vivir en función de la búsqueda de la felicidad propia, porque de no ser así, también se podría vivir, pero se estaría viviendo en enfermedad. Sobre esto, Nehamas (2005) apunta:

> La enfermedad de Hans, como Mann sugiere a través de la novela, es la expresión física de su incapacidad espiritual para acomodarse al mundo burgués de la llanura. Hans, se nos dice, nunca perteneció realmente a la vida cotidiana, nunca entendió el porqué de los esfuerzos que hacían las personas que lo rodeaban (p.48).

Dentro de este orden de ideas, una vez se reconoce el origen de las preocupaciones y de la falta de pasión por lo que se hace, se le da entrada a la razón. Una pieza fundamental que empieza a cobrar protagonismo, pues esta es la que permite que el pensamiento no se distraiga en las operaciones mecanizadas, sino que reflexione en función de encontrarle un sentido a cada acción que se haga, y de este modo, dar paso a la cura, que en otras palabras no es más que el encuentro con la emoción de la vida. Pero este enfrentamiento se debe dar por medio de la calma que brinda la montaña, y por eso, el tiempo que le dedican a pensarse a sí mismo quienes habitan el sanatorio es de vital importancia. Por ello, Arriba “el reposo es el primer deber del ciudadano, y la impaciencia no hace más que perjudicarle” (Mann, 1954, p.162). Una impaciencia que abunda en la velocidad con la que se vive en la ciudad, y que termina demostrando que todo el panorama dibujado en el mundo de Arriba representa el ambiente suficiente para hablar de la necesidad de curación cuando se reconoce que hay una enfermedad. Así, la montaña representa un reencuentro con el deseo de vivir, es un lugar para encontrar la sanación.

2. Acción desde la contemplación

Entendido todo el panorama que arropa el vivir del protagonista de la novela es posible afirmar lo siguiente: la vida que tenía Hans en la llanura se empieza a desdibujar una vez está en la montaña. Arriba es donde comienza a cobrar consciencia de sí, a pensarse como individuo, a darle un espacio a la razón y a tomarse el tiempo de examinar su trasegar por la existencia. Estando Arriba se da cuenta de por qué tuvo que tomar la decisión de emprender un viaje que lo alejara de la ciudad en la que estaba inmerso y en la que había perdido la emoción misma de existir por no tener a disposición una herramienta básica: la pasión. Abajo las acciones estaban motivadas por la repetición, no por un impulso, fervor o deseo de actuar.

De esta forma, Hans acepta su condición y decide quedarse en el sanatorio. El reconocimiento de su estado, luego de los recorridos y las charlas que tuvo con los que habitaban la montaña, habilita la posibilidad de encaminarse por la ruta que lo lleve a lo que todos los personajes buscan en el mundo de arriba, a saber, la curación.

No obstante, para consolidar el paso que nos lleve a hablar de la cura, es necesario: primero, comprender la antítesis establecida entre el mundo de Arriba y el mundo de Abajo -plasmado en el primer capítulo- ; segundo, tener presente que si bien el viaje que realizó Hans lo hizo de forma desprevenida, eso no le quita mérito a la intención de transformación que tenía al principio, la cual estaba condicionada por el afán de cambio; y tercero, se debe entender que la capacidad que se tiene para pensarse así mismo es la categoría rectora de las variaciones que se hacen en la vida.

Así pues, la razón que cobra protagonismo en la montaña es el eje que permite establecer juicios sobre la vida misma. La posibilidad de pensar y pensarse, de conversar con personas que afrontan su realidad de manera consciente y de establecer relaciones de contraste entre dos espacios que se presentan como mundos diferentes, es un paso gigante que se da en cuanto a la percepción del mundo. A partir de ahí se empieza a consolidar una forma de relacionarse con el entorno de manera distinta, pues bien, el estado de contemplación en el que se comienza a vivir estando en la montaña equivale a un ambiente que brinda las condiciones para hablar y reflexionar sobre el mundo en general. Son muchas las charlas que Hans tiene con Settembrini a quien consideró como su mentor. Son muchas otras las

conversaciones que tuvo con Naphta, quien aparece como un guía espiritual y se confronta con las posturas de Settembrini. Son varias las reflexiones que quedan luego de las revisiones con el médico Behrens[5] y son muchos los encuentros que tiene con su primo Joachim. Todos esos acercamientos permitían que la razón estuviese presente.

Por este motivo se logra un cambio sustancial entre el mundo de Abajo y el mundo de Arriba. La circularidad y mecanización con la que se vive en la ciudad no da tiempo para confrontaciones y la misma repetición de los actos sin emoción despoja de ánimo para razonar y problematizar muchas de las posturas que se pueden tener cuando el pensamiento predomina.

En efecto, Hans no entendía en qué mundo vivía hasta que llega a la montaña. Él no hallaba una definición certera y contundente para referirse al tipo de personas que habitaban su país hasta que se topa con un comentario de Settembrini: "en general, en su país son bastante flemáticos, ¿no es verdad?, pero igualmente enérgicos" (Mann, 1954, p.166), a lo que Hans no tiene más que aceptar y reconfirmar, pues esta es una observación llena de matices que permite construir un argumento más sólido en función de la diferencia que se plantea en los dos mundos, ya que lo que busca Settembrini con dichas palabras es señalar de forma directa el rasgo más visto de las personas de la ciudad. Abajo, la vida de los seres humanos se tambalea entre la flema que puede ser entendida como la enfermedad y la energía que se utiliza para seguir viviendo de forma esquemática y maquinal, y son estas diferenciaciones las que le dan un cuerpo filosófico a la novela. Pensar las estructuras sociales bajo estos términos es lo que permite el encuentro entre literatura y filosofía. De ahí que esta novela se nos muestre como un puente de reflexión que nos invita a cuestionarnos sobre el mundo que habitamos y el que nos gustaría habitar. Por consiguiente, estos planteamientos son los que brindan una estructura de análisis a partir de los hechos que se van desarrollando en la historia. Las confrontaciones constantes a las que se ve enfrentado el protagonista, hacen que

[5] Médico jefe del sanatorio. Su afición es la pintura y es quien se encarga de prescribir la estadía de los pacientes en el sanatorio, lo que pone en duda los diagnósticos que brinda pues parece que muchos de ellos podrían estar motivados por intereses económicos y no por razones médicas. En ocasiones, aparecerá bajo el nombre de Radamante, un sobrenombre que jocosamente le puso Settembrini.

en su vida haya un tránsito: va a dejar de estar enfocado en sus acciones -asunto que era esencial Abajo- para darle un campo más amplio a la reflexión.

Dentro de este orden de ideas, la autocrítica y el debate de pensamientos que otorga la estancia en la montaña hacen que la vida de Hans se transforme. Prueba de ello es el cambio de parecer al verse como un enfermo más. El diálogo, el tiempo para reposar, para contemplar, para cultivarse a sí mismo y evaluarse, hacen que su vida esté regida por la consciencia de sí. Por eso, el primer paso para quedarse en la montaña y enfrentar esa nueva vida es aceptar los pesares con los que venía del mundo de Abajo. Para él, la montaña se empieza a develar como un lugar seguro en el que puede sanar sus dolencias y transformar su vida.

Llegados a este punto, es interesante detenerse en la estructura que está tomando la montaña en función de un lugar para la sanación. Un mundo que se consolida como una fuente de cura para las enfermedades a través de la magia que trasmiten los prados, los encuentros con los demás enfermos y las revisiones periódicas con los médicos. Esta descripción no obedece a un interés romántico o idílico de ese lugar, si no que se muestra con el interés de establecer el contraste suficiente. Allí, hay una nueva sociedad que en estructura y forma parece alejarse de toda concepción social convencional, y que como se demostró en el capítulo anterior, son mundos que están atmosféricamente rodeados de ideales diferentes. No obstante, ante esta panorámica Lukács (1969) manifiesta lo siguiente:

> El mundo de allá arriba (sanatorio) y el de allá abajo (en la realidad burguesa ordinaria) son vividos de manera muy diferente en el plano temporal, sus cómputos temporales subjetivos apenas tienen nada en común. De su análisis detallado no se ocupan sólo las figuras de la novela, también lo hace el propio Thomas Mann. Pero como él sabe muy bien, y el lector puede percibir en cada uno de los pasos de este apacible proceso épico, la montaña mágica sólo es una realidad por sí misma para sus habitantes –y aún para éstos, sólo en su imaginación subjetiva–, un mundo aislado, ensimismado, en el que parece regir un tiempo peculiar. Pero la verdad es que no ocurre tal; Thomas Mann hace ver, por el contrario, que el artificial aislamiento –objetivo en este caso por razones de tipo médico– de este mundo no es sino mera apariencia, ya que en él se mantiene incólume la validez de todas aquellas determinaciones que “allá abajo” condicionan el destino humano (pp. 94-95).

Con estas afirmaciones, en vez de contrastar ambos mundos, más bien pareciera ponerlos en un mismo nivel. Sin embargo, no es esta la lectura que se debe hacer, pues desde el viaje que emprende Hans, se evidencia el primer cambio anímico, geográfico y social. No hacer dicha distinción obedecería a una lectura superficial que no está alineada con el nivel reflexivo que está implícito en la novela. Lo que sí es claro, es que dada la cantidad de personas que están poblando la montaña y la forma como interactúan, se debe ir consolidando una estructura social que esté regida por condiciones típicas de relacionamiento en donde se garantice el respeto y la tolerancia mínima entre los habitantes para que la vida pueda seguir su curso, porque el viaje hasta allá no representa una deserción de la vida social, sino de la vida que se vive Abajo. Se debe tener claro que lo que Hans busca es huir de la vida que lleva y no de la vida misma por lo que, estar en la montaña representa otra configuración social en la que encajan perfectamente las palabras de Buber (2014):

> El hecho fundamental de la existencia humana no es ni el individuo en cuanto tal ni la colectividad en cuanto tal. Ambas cosas, consideradas en sí mismas, no pasan de ser formidables abstracciones. El individuo es un hecho de la existencia en la medida en que entra en relaciones vivas con otros individuos; la colectividad es un hecho de la existencia en la medida en que se edifica con vivas unidades de relación. El hecho fundamental de la existencia humana es el hombre con el hombre (p.146).

Dentro de este orden de ideas, lo que se debe problematizar no son las semejanzas de relación social que se pueden desprender de la convivencia diaria de los seres humanos que habitan la montaña, pues en efecto, se encontrarán muchas similitudes en ambos mundos a pesar de que ya se ha afirmado que hay diferencias entre ellos. Lo importante es resaltar el contraste que demuestra cómo el ambiente del sanatorio es propicio para que existan formas distintas a las del mundo de Abajo, mismas que lleven a las personas a pensarse como sujetos activos de su propia realidad. Para ello, basta poner el lente en la forma como cada uno de los habitantes del mundo de Arriba son conscientes de lo que tienen. Incluso, el mismo Hans, estando allá, se enfrenta a lo que en la llanura le estaba vetado. Ser conscientes del lugar que se habita representa el primer paso para emprender un camino de reflexión. A partir del espacio que reclama la consciencia es que se desprende la disposición filosófica para enfrentar el mundo y se anula la sistematización carente de sentido, impulso y pasión.

En consecuencia, siempre se deben tener presentes las condiciones que otorga el sanatorio para que la razón y el pensamiento reflexivo sean los protagonistas en la vida diaria de Arriba. Esa es la garantía que genera un quiebre determinante entre los dos mundos y presenta a la montaña como un lugar para pensarse. El mismo Lukács (1969) lo dice líneas después de la penúltima cita refenciada:

> Considerándolo objetivamente, los seres humanos cuentan aquí con más tiempo; por eso pueden formular más conscientemente sus hasta entonces casi ignorados problemas (Castorp-Settembrini-Naphta). Los torpes rasgos de su filisteísmo pueden percibirse también aquí con más claridad que "allá abajo" […]. La singularidad de este problema del tiempo es, pues, aquí, un momento tan inseparable del ser objetivo como "abajo", como en las novelas "normales" (p. 95).

Con este análisis, es más contundente la división que se ha querido poner sobre la mesa en función del panorama que se vive en el mundo nuevo para Hans. Ese enfrentamiento con las nuevas formas de relación y las nuevas estructuras de pensamiento, que están lineadas por las actividades sugeridas en el sanatorio, constituyen las causas de su deseo por quedarse. Cada día que va pasando en la montaña, él va encontrando motivos para no querer regresar a la ciudad que lo estaba consumiendo por medio del exceso desmedido de actividad.

En efecto, los encuentros constantes con la nueva realidad de Hans permiten observar que, si bien son varios los cambios que se manifiestan en la montaña, hay uno que concentra el protagonismo por la atención que le presta cada uno de los enfermos y por las conclusiones obtenidas al dedicarse conscientemente a ello. Este aspecto contundente es el tiempo y las herramientas que permiten pensar la vida. Un acto que se desprende desde el espacio asignado para la cura del reposo, pero que se alarga a cada una de las conversaciones que tienen entre sí los habitantes de la montaña. Con esto, se puede decir que la vida de Arriba proporciona al ser humano las condiciones necesarias para pensar, razonar y reflexionar.

Ahora bien, la concentración en este punto alrededor de las características de la montaña no pretende mostrar la razón como una garantía irrefutable, pues la calidad de una persona en términos morales y éticos no se mide en función del tiempo que se dedica a reflexionar, meditar o encontrarse consigo para tratar de hallar respuestas que lo interpelen a diario.

Mostrar estas diferencias obedecería a otro trabajo en el que se recogerían distintos argumentos que lleven a esa conclusión. Por lo que exhibir el espacio que tiene el pensamiento en la vida de los que habitan el sanatorio solo enseña una partícula fundamental que permite seguir robusteciendo el contraste entre la ciudad y la montaña, ya que el pensamiento por sí mismo no asegura el encuentro de un juicio verdadero ni falso. En otras palabras, el pensamiento nos puede llevar a muchas esferas del raciocinio y a muchas formas de problematizar la condición humana, pero esto no garantiza una revelación trascendentalmente contundente como para generar un cambio en el instante, pues, como lo vemos con los enfermos del sanatorio, el mero hecho de pensarse no los lleva a una cura inmediata de su enfermedad. Y esto nos podría llevar a creer que este espacio para el pensamiento no parece tan eficiente, o por lo menos, así nos lo propone Settembrini en una charla que tiene con Hans:

> El análisis [tiempo para reflexionar] es bueno como instrumento de progreso y de civilización, bueno en la medida en que destruye convicciones estúpidas, disipa prejuicios naturales y busca la autoridad; en otros términos: en la medida en que libera, afina, humaniza y prepara a los siervos para la libertad. Es malo, muy malo, en la medida en que impide la acción, perjudica las raíces de la vida y es importante para darle una forma. El análisis puede ser una cosa muy poco apetecible, tan poco apetecible como la muerte de la que en realidad se alimenta, de la tumba y de su anatomía (Mann, 1954, p.197).

En esta perspectiva, el protagonismo de la razón dentro de la montaña podría desmoronarse y alejarnos de la concepción que se tiene de ese espacio como un lugar seguro, tranquilo y dispuesto para la sanación a partir del reposo y la contemplación. Pero no. El análisis que pretendo exponer por medio de las nociones expuestas consiste en mostrar la capacidad que tiene la montaña para sacar al ser humano del exceso de producción y conducirlo a un lugar de contemplación.

En efecto, no es la razón ni la montaña por sí solas la solución a una enfermedad que se trae de Abajo. A su vez, no es la condición capitalista del mundo de la llanura por sí misma la que forma una enfermedad que encapsula al ser humano para convertirse en un referente de producción mecánica. Hablar de estos puntos desde una mirada aislada, sería centrarse en la

problemática desde una óptica que solo pretende señalar el responsable de un problema, sin entender los muchos factores que hay detrás como causa y cuáles son las muchas alternativas que se presentan en unidad para brindar una solución.

Así pues, al referirnos a la montaña como el lugar donde se encuentra la razón, se debe entender que esta es un conjunto de condiciones que posibilitan la sanación. A partir de esos estados predispuestos, se brinda el camino que conduce a la reflexión en función de la cura. La montaña no es la cura, es el camino para llegar a ella. Es el lugar de referencia que permite un reencuentro con el pensamiento y la autorreflexión. Es un espejo de la realidad que posibilita mirar el reflejo de lo que ha acontecido para emprender una evaluación que arroje un diagnóstico y, así, encontrar una solución.

Dado este panorama, la importancia de la montaña radica no solo en su figura arquitectónica y geográfica, sino que también resalta a partir de la significación de la enfermedad que se crea en la sociedad de Abajo, donde el actuar, como lo dice Estanislao Zuleta (2022) es condicionado:

> En el mundo de la llanura ciertamente se puede actuar, pero con una condición, el embrutecimiento. Hans Castorp puede ser ingeniero naval con mucho éxito o gran comerciante como el tío Tienappel, pero a costa del embrutecimiento, de la adaptación a las normas y a los valores restringidos de ese mundo que concibe el poder y el dinero como éxitos y metas absolutas, que no piensa en ninguna transformación de la vida, ni la admite, sino solamente el éxito o el fracaso en los términos estrictos que él mismo propone. Ahí se puede triunfar, pero con una nueva forma de pensar y de vivir no se encuentra fácilmente cómo actuar (p.194).

Con esto se enmarca el condicionamiento restrictivo que se cuece Abajo, donde las acciones no están mediadas por la libertad del pensamiento sino por la cohibición de la razón. Las normas y la adaptación a estas eliminan toda forma de pensar para llegar a lo que Zuleta nombra como “embrutecimiento”. Un término que se opone radicalmente a lo que se busca en la montaña y que, por tanto, hacen que el mundo de Arriba tenga más protagonismo. No se trata de separar el actuar de la razón, lo que se debe buscar es que la razón anteceda el actuar para que toda acción esté movida por la consciencia que permite la reflexión. De esta

forma se pretende señalar la importancia que tiene el pensamiento crítico en todos los ámbitos, pues este debe preceder cualquier actividad desde una perspectiva filosófica que tiene como sustancia principal de la existencia a la razón.

Por este motivo, todo lo que representa el sanatorio y las nuevas formas de vida que allí se proponen reflejan un cambio drástico en la vida de Hans: comienza a darle relevancia al intelecto gracias al reconocimiento de su situación en el mundo. Asunto que nos propone un juego interesante entre los dos mundos explicados que integran, a pesar de ser distintos en forma y contenido, una entidad global que permite el análisis. Con esto, quiero dejar claro que es gracias a la formación de un mundo que se da la constitución del otro, pues sin enfermedad no existiría la curación y ante el exceso de producción no queda otra contra que la inactividad -o lo que se ha expuesto como contemplación-.

En esta perspectiva, es válido entender la enfermedad concebida Abajo como el paso que antecede toda forma de pensar y razonar. Esta característica es solo verdaderamente importante cuando hay un ser, como Hans, que se apersona de la insatisfacción que le produce su estancia dentro de la vida estipulada por la mecanicidad de la sociedad consumista y comprende que es necesario un cambio. Cuestión que se expone como una necesidad si se entiende que ante una enfermedad lo que se busca es la cura. Así, quien busque una vida que esté fuera de las incomodidades que genera todo padecimiento o dolencia, no le queda otro camino que buscar la forma ideal para que esos pesares sean eliminados, por lo que el paso de la enfermedad a la cura se convierte en un asunto necesario, siempre y cuando, en la enfermedad exista la capacidad de reconocimiento y el deseo de sanación. De lo contrario, la enfermedad no sería el inicio de un tránsito sino de la erradicación de las ganas de vivir. Esto puede resultar más claro en la radiografía que hace Thomas Mann sobre Nietzsche en un ensayo dedicado a él, en donde presenta la importancia que tuvo la enfermedad en la vida de este gran pensador, más aún, en la parte esencial para su proceso creativo:

> Se ha dicho a menudo, y yo quiero repetirlo: la enfermedad es algo meramente formal, y lo que aquí importa es aquello con lo que la enfermedad se asocia, aquello con que la enfermedad se llena de contenido. Lo que importa es *quién* está enfermo: si un estúpido que

> no sobrepasa el nivel medio y en el cual la enfermedad carece ciertamente de todo aspecto espiritual y cultural, o un Nietzsche, un Dostoyevski (Mann, 2019, p.109).

Con estas palabras, el mismo Thomas Mann pone de relieve el papel que juega la enfermedad dentro de la vida de un individuo, pero lo resalta en función de la claridad con la que se asume y se enfrenta ese quebranto de salud. Y aquí es donde entra otro tópico determinante para que la montaña siga siendo el lugar en el que la tranquilidad y el amor por la vida sean la parte fundamental de un proceso de curación. Pues bien, el mundo de Abajo, y la enfermedad que se desprende de él, no tiene ningún sentido si la persona que la vive sigue estando inmersa en ese orbe caótico en donde el pensamiento no tiene lugar para ejecutarse. De nada sirve reconocer que la actividad desaforada y despersonalizada que proporciona la ciudad son la herramienta principal para eliminar al ser humano como individuo y convertirlo en parte del montón. De nada hubiera servido que ante la incomodidad constante que empezó a sentir Hans con su vida en la llanura, se hubiera quedado quieto esperando que la sociedad acabara con él y con sus ganas de vivir.

En esta medida, si Hans, aun reconociendo su incomodidad en el mundo de Abajo, hubiera optado por seguir su vida al mismo ritmo que le proponía la sociedad citadina, y hubiera hecho caso omiso a la molestia que representa la enfermedad, la vida en la montaña perdería todo valor. Si no hay un espíritu en el que recaiga el deseo de afrontar el cambio, el mundo de Arriba quedaría oculto. Es claro, como se ha mencionado en líneas anteriores, que la existencia de un mundo se da gracias al otro, pero el mundo de la reflexión y la contemplación solo tienen sentido si hay seres que deciden actuar y moverse en función de ese encuentro. Esa es la decisión realmente significativa que le da una estructura y un reconocimiento al espacio del sanatorio, y es mediante ese impulso de cambio que se puede hablar de una necesidad de pensamiento que contrasta perfectamente con la vida enferma. Aquí se constituye la relevancia que tiene el poder de la acción, no solo como el primer paso que representa una lucha contra la enfermedad, sino también el enfrentamiento constante por llevar una vida en función de la reflexión y el autoexamen, logrando, de este modo, conjugar en un mismo bando la acción y la contemplación.

De esta forma, lo que se manifiesta de entrada es el deseo de actuar y cambiar lo que se desprende de la incomodidad. Recordemos que Hans emprende un viaje. Lo realiza con el objetivo de despejar su mente y cambiar de actividad por unas semanas. Pero lo hace con convicción, decidido a remover lo que altera su tranquilidad. En palabras más concisas, Hans decide actuar.

Dentro de este marco, la acción que lo lleva a emprender el viaje se puede entender como un potencial movilizador del cuerpo que termina ofreciéndole al espíritu posibilidades de cambio. Desde la decisión se comienza a dar la transición a la que va a estar sometido el personaje y con ese paso se da apertura a todo el cambio que cobija su vida. El viaje representa una desconexión con su vida actual y una apertura al tiempo próximo. Es un tópico que garantiza una movilización de un punto a otro, y con ello, el encuentro con un mundo que le otorga todas las posibilidades de sanación. Esto se da gracias al reconocimiento de la inconformidad que antecede la enfermedad, para luego ir en búsqueda de una solución. La idea de cambio proporciona cosas nuevas. Pensar que el viaje puede ser un remedio es una noción que está inmersa de forma constante en la literatura y que, dado el planteamiento de la novela, también puede verse desde la perspectiva filosófica. Además, es un tema recurrente en la obra de Thomas Mann. Así lo deja ver en *La muerte en Venecia*, otra de sus reconocidas novelas en donde el protagonista, luego de enfrentarse a un desgaste secuencial de las actividades rutinarias que la cotidianidad le ofrece, decide despejar su mente, cambiar de rumbo, desconfigurar los pensamientos cíclicos en los que se busca la producción constante, para intentar, luego de tener consciencia del desgaste de esa vida repetitiva, una vida con más sentido. En esta novela, también se emprende un viaje con el objetivo de encontrar cambios. Existe el anhelo por tratar de curar la enfermedad que proporciona la vida de la ciudad. Por eso el viaje es la primera etapa del alivio que ofrece una vida en reflexión. Esa necesidad de cambio dentro de la otra novela mencionada, la muestra el autor cuando describe la urgencia que tiene la figura principal de ese relato corto:

> No obstante, sabía muy bien de qué profundidades había emergido tan de repente aquella tentación. Afán impetuoso de huida – ¿por qué no confesárselo? – era esa apetencia de lejanía

> y cosas nuevas, ese deseo de liberación, descarga y olvido, ese impulso a alejarse de la obra, del escenario cotidiano de una entrega inflexible, apasionada y fría (Mann, 2010, p.467).

Esta cita permite establecer un paralelo que reafirma la importancia que tiene el viaje como posibilidad de encuentro consigo mismo. Un viaje que simboliza no solo la aventura que representa el salir de la cotidianidad, sino también, la obtención de un nuevo conocimiento y, por tanto, de un mayor desarrollo espiritual, que se dan gracias a la transición -o huida (como lo dice Thomas Mann)- del mundo enfermo hacia el mundo de la sanación.

En este sentido, la enfermedad concebida en la ciudad no puede ser enfrentada con un antónimo radical que elimine desde la raíz esa incomodidad generada. Es decir que, ante la actividad excesiva y mecánica establecida en el mundo de abajo, no se puede contraponer la inactividad. La solución no está en pensar que la contemplación por sí sola dé un resultado que garantice el buen vivir. El hecho que Hans emprenda un recorrido hacia un lugar desconocido, con la concepción de un mínimo cambio, es la garantía de un emprendimiento activo. No es la inactividad por el gusto de hacer nada. Tampoco es la contemplación como forma de rebeldía ante un mundo agitado. Lo que debe resaltar es la búsqueda racional de un modo de pensar la vida, en función de la buena vida. Una vida que encierre el gusto y amor por el vivir, pero que, a su vez, contenga las responsabilidades suficientes de lo que implica estar en el mundo. Emprender un viaje para quedar en la mera inactividad sería otra forma de enfermar. Sería encasillarse en otro modelo castrador del pensamiento que solo busca uniformidades para que el individuo pensante desaparezca. En palabras de Byung-Chul Han (2023): “quien está realmente inactivo no se afirma *a sí mismo.* Se desprende de su nombre y se vuelve *nadie. Sin nombre ni propósito*, se entrega a lo que *acontece*” (p.27).

Desde esta perspectiva, si la contemplación se muestra como la completa inactividad, se está negando la posibilidad de ser en el mundo. La inactividad sería otra forma de perderse como individuo para así obedecer al canon de la masa que moldea y uniforma. Hacer nada es una forma más de estar enfermo y es el símil perfecto de la vida rítmica que se constituye en el mundo de la llanura. Allí, con todos sus modelos de castración del pensamiento, no es posible establecer una forma de relación que esté mediada por la capacidad de pensarse a sí mismo para luego buscar la manera adecuada de pensarse en conjunto. En ese mundo no hay forma

de llevar a cabo una contemplación activa, porque se deja de pensar para estar a merced de lo que sucede y, en este sentido, se termina cayendo en el mundo de la enfermedad que coarta toda forma de pensamiento.

Ahora bien, la actividad a la que se incita por medio del tránsito que se da de un mundo a otro tampoco puede ser una actividad desmedida, porque corre el riesgo de convertirse en una acción despojada de pensamiento en la que solo impera lo mecánico. Aquí, la razón debe ser la mediadora de toda acción para que el estilo de vida ideal se configure a partir de una contemplación activa. Un término que pretende condensar el efecto que brota ante la cura que brinda la montaña. Otro sería el panorama si el impulso de acción que tiene Hans al momento del viaje hubiera terminado en la mera repetición de actos desencadenados, que mostraran solo un cambio geográfico y una réplica del estado anímico. En un panorama así, la reflexión no hubiera tenido un campo de acción en el cual cobrara protagonismo. Desde ese marco, se desprendería otra forma más de enfermedad citadina y las cosas que vivía Hans en su ciudad seguirían pasando en la montaña. Pues, "lo catastrófico no es la irrupción de un acontecimiento inesperado, sino la continuidad del seguir-sucediendo, la repetición continuada de lo igual." (Han, 2023, p.46). Si la acción inicial no es la puerta de entrada para que los ejercicios de contemplación le den paso a la razón, el cambio de actividad no tiene ningún sentido y terminaría siendo una reproducción de la acción enferma.

Así pues, la contemplación activa debe ser el paso por medio del cual se llegue a la cura. No es un fin en sí mismo, sino que debe ser la acción necesaria para poder cambiar la realidad enfermiza del mundo de la llanura. No basta con desear llegar a este estado, sino que debe ser realizado e interiorizado a cabalidad para poder hablar de una transformación espiritual y, por tanto, de un cambio en el actuar. A partir de este panorama, se muestra la cura de la enfermedad desde la vida en contemplación, pues quien no se contempla, no piensa. Quien en medio de la actividad no tiene tiempo para la reflexión se niega la posibilidad de existir y desaparece como individuo. Por ende, debe persistir la capacidad de concentrarse en lo personal para mirar el mundo desde otra panorámica. "Sin duda, ser capaz de concentrarse significa poder estar solo con uno mismo —y esa habilidad es precisamente una condición para la capacidad de amar—" (Fromm, 1959, p.70).

Ahora bien, con lo planteado hasta el momento, el análisis nos lleva a pensar en la posibilidad de erradicar la enfermedad desde las posibilidades que tiene la reflexión como un elemento en conjunto, no como una condición individual que niegue las otras formas de relación con la vida. Aquí, la vida activa y contemplativa deben empezar a operar a partir de la contemplación activa, pues ella es la que permite la sanación al estar compartiendo la existencia con la razón. Han (2023) nos lo presenta de la siguiente manera:

> La existencia humana se realiza solamente en la *vita composita*, es decir, en la colaboración entre la *vita activa* y la *vita contemplativa.* San Gregorio enseña, así, que "cuando un buen programa de vida exige que uno pase de la vida activa a la contemplativa, es útil, a menudo, que el alma retorne de la vida contemplativa a la activa, de modo tal que la llama de la contemplación, encendida en el corazón, le otorgue toda su perfección a la actividad. De este modo, la vida activa debe conducirnos a la contemplación, pero la contemplación […] debe llamarnos de vuela a la actividad (p.105).

Siendo las cosas así, la sanación de una enfermedad engendrada por las condiciones del mundo de la llanura, solo se da si hay una fuerza rectora que logre conjugar lo que proporciona el mundo de Abajo y lo que brinda el mundo de Arriba. La combinación de estas miradas debe concluir en el encuentro activo y reflexivo de la buena vida que se traduce como impulso, pasión y ganas de vivir. Pensar en estos términos es equivalente a la comparación que se presenta entre la literatura y la filosofía, pues estas combinaciones nos muestran la importancia que tienen los conceptos en unidad. Si por un lado la literatura se expone como el puente que acerca la realidad a la filosofía para que esta opere racionalmente, por otro, se observa que la acción y la contemplación cobran más significancia si se evalúan en conjunto. El análisis filosófico proporciona la composición de elementos desde una óptica más detallada y precisa. Por eso, luego del desglose individual de los conceptos se alcanza una síntesis que permite ver la importancia de las ideas por separado para que estas tengan mayor peso reflexivo al combinarlas. Sobre esto Hannah Arendt (2009) comenta:

> La expresión *vita activa*, comprensiva de todas las actividades humanas y definida desde el punto de vista de la absoluta quietud contemplativa se halla más próxima a la *askholia* ("inquietud") griega, con la que Aristóteles designaba a toda actividad, que al *bios politikos* griego. Ya en Aristóteles la distinción entre quietud e inquietud, entre una casi jadeante

> abstención del movimiento físico externo y la actividad de cualquier clase, es más decisiva que la diferencia entre la forma de vida política y la teórica, porque finalmente puede encontrarse dentro de cada una de las tres formas de vida.[6] Es como la distinción entre guerra y paz: de la misma manera que la guerra se libra por amor a la paz, así toda clase de actividad, incluso los procesos de simple pensamiento, deben culminar en la absoluta quietud de la contemplación (pp.27-28).

Por lo tanto, detenerse en el recorrido que tiene Hans desde que decide ir a la montaña es el ejercicio que nos impone la literatura para que se abrace la razón. Solo bajo la combinación de los conceptos que detone una contemplación en pausa, en donde se van asentando las bases del pensamiento y la producción crítica de razonamiento, se llega a una contemplación activa que motiva a ser partícipe de la existencia. En este estado se puede hablar de la cura que proporciona la estancia Arriba, pues desde un ejercicio práctico y constante el pensamiento se modifica para actuar de acuerdo con su entorno. Desde la pausa, la calma y la tranquilidad se obtiene una mirada aguda que media desde la reflexión cualquier actividad que vaya a ser ejecutada. Ese modelo de vida que se comienza a desprender de la contemplación es el que se debe calcar para que la rutina de Abajo se deshaga en sentido mecánico y opere desde una función crítica motivada por una pasión.

[6] Estas tres formas de vida corresponden a lo que en la *Ética* Aristóteles distingue como: vida política, que se ocupa de las acciones que deben ser nobles y deben desprenderse de la virtud; vida filosófica, que se ocupa de la prudencia, la contemplación y la búsqueda de la verdad; y la vida del placer que está enfocada al goce de los gustos corporales.

3. Actitud filosófica: reflexión y amor

Luego de tener en el radar el recorrido que ha realizado Hans es necesario comenzar a establecer las bases de la actitud filosófica que se refleja en él. La contemplación, la búsqueda de la libertad y la reflexión son temas que lo confrontan gracias a la comparación que se establece a partir del viaje que emprende, en el que su relación con el entorno es la garantía de la reconciliación que tiene con la existencia a partir de una posición más crítica. Así, entender las diferencias entre la montaña y la llanura se torna imprescindible para comprender que la transformación lo lleva a ver la vida desde una óptica más filosófica dentro de la cual, el pensamiento es la guía para descubrir el amor por la vida. Ahí es donde yace la relación entre filosofía y literatura.

Ahora bien, desde los párrafos iniciales se dejó claro que el tiempo no sería el tema principal de este análisis. No obstante, es un asunto que, dadas sus características de distinta índole, debe ser mencionado para entender qué es lo que pasa en la vida del protagonista de la obra y cómo este va mutando su sentir, su vivir y su pensar.

Así pues, hay que tener muy presente que el ideal de Hans era visitar el sanatorio por dos semanas. Luego, al ser inducido por los comentarios de los habitantes de la montaña y las revisiones de los médicos, decide prolongar su estancia. Una decisión que está cargada de ambigüedad al no tener una fecha de caducidad exacta y que termina durando siete años.

Dentro de este panorama, todo el tiempo que transcurre en la montaña es el necesario para hablar de una transformación. Pasados esos años, ya no solo es la percepción del tiempo -tema que se impone desde el principio de la novela- lo que empieza a variar. También, comienza a ser determinante la forma como Hans ve el mundo y cómo a partir de esa concepción, establece una relación con él. El tiempo es un detonante en el cambio gradual que se va dando. Es un tópico que merece ser enunciado para tener una referencia de la importancia que tiene la durabilidad de las acciones en la vida de nuestro protagonista. Este es un concepto con gran valor filosófico que ha sido tocado por muchos pensadores a lo largo de la historia, y que dentro de la novela ocupa un espacio determinante para poder hablar sobre la mutación de pensamiento que se da en Hans. Sin el tiempo como un elemento crucial en la historia, el análisis sobre el progreso, la transformación y los cambios estructurales -

tanto en individuos como en sociedades- estaría relegado a una observación artificial que se sale de la forma como concebimos el mundo. Pues bien, el tiempo es una de las herramientas que hacen parte de la vida humana y es uno de los elementos que corroboran el cambio. Así se logra observar en la novela:

> Ella le preguntó [a Hans] qué profesión tenía. Él contestó que "había sido ingeniero". –¿Había sido?– Había sido en el sentido de que ahora la enfermedad y una permanencia de una duración ilimitada aquí se habían presentado, lo que era una especie de corte o tal vez una desviación de la existencia. Eso no se podía saber (Mann, 1954, p.256).

A partir de esta cita, se logra observar cómo las conversiones que se dan en términos generales están mediadas por la concepción temporal. Desde un cambio de profesión hasta la transformación del pensamiento se estructuran a partir de lo que se percibe bajo esta categoría. Ver la existencia sin este medidor sería afrontar el mundo desde unos preceptos nuevos que dictaminen otras configuraciones estructurales, pues desde que se nace hasta que se muere, esta herramienta de conteo es un eje rector en la vida de todo ser humano.

Con esto, sigue muy vigente el paralelo que se ha tenido durante todo el escrito en donde la vida de Arriba y la vida de Abajo tienen similitudes en estructura, pero son completamente diferentes en la forma. Hablar del tiempo que hay en la vida de la llanura sería obedecer a los cánones de medida que sirven para establecer rutas de acción en términos de cumplimiento. Mientras que hablar del tiempo en la montaña es establecer un concepto que se tiene en cuenta para ser pensado y actuar sobre él. Abajo, el tiempo anula la reflexión. Arriba es un aliado del pensamiento que conduce a la libertad de acción. Sobre esto Han (2023) dice:

> El hombre no ha nacido para trabajar. Quien trabaja no es libre. Según Aristóteles, el hombre es alguien que no depende de las necesidades de la vida de sus coerciones. Dispone de tres formas de vida libre. En primer lugar, la vida que se consagra al disfrute de las cosas bellas. Luego, la vida que produce acciones bellas en la polis. Y, por último, la vida contemplativa, que investigando lo que nunca perece se mantiene en el ámbito de la belleza permanente. Por consiguiente, realmente libres son los poetas, los políticos y los filósofos (pp.110-111).

En efecto, las dinámicas de la relación que se dan en ambos mundos obedecen a la forma de vivir en dicho entorno. Por eso es muy importante todo el trasegar de Hans en la montaña,

donde dejó de ser una pieza del engranaje sistemático, para convertirse en un sujeto de acción que tiene como eje central la reflexión. Esta característica se manifiesta gracias a la disposición y la apertura que tiene de por sí la montaña para recibir a los que viven en la llanura y orientarlos al entorno contemplativo que hace referencia Byung-Chul Han.

De este modo, hay que decir que la montaña es un conjunto de herramientas que está a disposición de los enfermos para encontrar el alivio a sus pesares. Es un mundo que está ahí, disponible y preparado para brindar los elementos necesarios que conduzcan a la reflexión. Esta es la clave fundamental para entender la grandeza de Arriba. Toda la estructura organizacional y todas las concepciones que se dan desde la perspectiva de los que habitan la montaña surgen gracias a la construcción generalizada que va formando a quien dispone de esos terrenos para reflexionar. Pues bien, *La montaña mágica* nos muestra que la vida Arriba no es ningún entramado de extravagancias ni ornamentos. Tampoco es el lugar donde existe una ruta fantástica que por medio de inducciones con componentes artificiales conduzcan a un momento de revelación determinado. Por el contrario, la montaña se muestra como mera montaña, al natural, sin tantas sofisticaciones ni elementos que distraigan la mente. Para distracciones mentales está el mundo de Abajo, y por eso allí se impone la mecanización del trabajo. En la montaña lo que se dispone es de libertad y esta libertad está asociada al tiempo. En contraposición, en la llanura no existe dicha libertad porque en ella se vive con miedo a perder algo y con el interés desenfrenado de actuar para obtener lo básico. Según Fromm (1959) “El hombre moderno [en la llanura] piensa que pierde algo —tiempo— cuando no actúa con rapidez; sin embargo, no sabe qué hacer con el tiempo que gana —salvo matarlo—” (p.69).

Sobre esto, vale la pena traer una escena del inicio de la novela donde se plantea la diferencia entre ambos mundos, en la que Hans luego de una referencia a su trabajo de ingeniero, deja claro que la vida en la llanura está plagada de aburrimiento y sobresfuerzo, y, por ende, no halla una razón que lo lleve a disfrutar de la existencia y a relacionarse con ella desde una posición activa:

> Las exigencias son hoy considerables; no se puede pensar hasta qué punto requieren un esfuerzo, pues se correría el peligro de perder el valor. No, no es una broma. Y cuando no se

> tiene una gran resistencia… Es verdad que yo no estoy aquí más que como visitante, pero no soy, sin embargo, de los más resistentes y mentiría si dijese que el trabajo no me cuesta un gran esfuerzo. Por el contrario, me fatiga bastante, he de confesarlo. En el fondo, sólo me siento perfectamente bien cuando no hago nada (Mann, 1954, p.58).

Dentro de este marco, y pasando del plano de la ficción a una reflexión de la condición humana, podemos problematizar las actividades de las personas en un mundo y otro. Podríamos decir que el trabajo del mundo de Abajo es una representación de lo que motiva la vida, pues se trabaja para alcanzar reconocimiento, adquirir bienes, desempeñarse como una persona útil y lograr estabilidad económica. Asuntos que desde la visión racional representan una estructura perfecta para pensar el trabajo como un camino para llegar a la felicidad. Sin embargo, en Hans -y es lo que se ha tratado de mostrar- este mundo del trabajo mecanizado es un espejo de la enfermedad en tanto anulación del pensamiento. Si Abajo no hay tiempo para la contemplación, lo que queda son razones para quejarse de la repetición de las actividades agobiadoras que solo representan cansancio.

En efecto, retomando los planteamientos de Byung-Chul Han que han servido de base argumentativa para soportar lo planteado hasta el momento, es oportuno recordar las líneas siguientes: “Los logros culturales de la humanidad, a los que pertenece la filosofía, se debe a una atención profunda y contemplativa. La cultura requiere un entorno en el que sea posible una atención profunda” (Han, 2023, p.34). Con esto es importante rescatar la fuerza que tiene la atención para el desarrollo de cualquier actividad, pues esta se instaura como ruta y motivación. Además, este punto hace que posemos los ojos en una de las actividades que más protagonismo tiene la vida en la montaña: la cura del reposo.

A partir de esta actividad, todas las funciones que le competen al ser humano desde la razón comienzan a regirse por la importancia que tiene el tiempo de reflexión para emprender un camino de acción. Pues bien, la libertad que brinda la montaña está asociada al tiempo. Arriba existe la libertad en función de la no realización repetitiva del trabajo que garantice la supervivencia humana. Desde este panorama, al no existir un enfoque directo que ocupe la funcionalidad corporal, lo que queda es tiempo, tiempo que equivale a libertad de acción. No obstante, esa libertad debe ser alimentada para que se obtenga un fruto satisfactorio. De lo

contrario, ese tiempo libre sin una ruta de reflexión harían que la lectura de *La montaña mágica* en vez de proveer elementos para discutir desde posturas filosóficas y literarias, se redujeran a preguntas circulares que no expliquen por qué ni el para qué del viaje de Hans al sanatorio.

Sin embargo, luego de revisar las mutaciones que experimenta el protagonista de la novela, se puede decir que el viaje al sanatorio no fue en vano, pues Arriba encontró la libertad. Por eso decidió alargar su estadía y se aclimató en un lugar que al principio le era completamente desconocido. Hans entendió que el tiempo de acción del ser humano debía tener más carga de pensamiento que de repetición. Esa era la garantía de una vida crítica que le permitía ver la variedad de posibilidades en un mundo en el que, antes de subir a la montaña, estaba sesgado por la velocidad de cumplimiento y ejecución:

> Y la satisfacción reinaba en el corazón de Hans Castorp al pensar que dos horas vacías y seguramente cerradas se hallaban ante él; esas horas de la cura principal, consagradas por el orden del día, […] y que aprobaba como una disposición completamente oportuna (Mann, 1954, p.96).

Se devela, así, una intención filosófica, un interés por vivir la vida desde el razonamiento que permita tomarse el tiempo necesario para meditar la mejor opción de acción antes de emprender el viaje de la resolución. Un comportamiento que se ve claramente en la semblanza del personaje a lo largo de la novela, quien al comienzo, recién llegado a la montaña, era un hombre enfermo muy influenciable. Cada una de las conversaciones en las que se veía involucrado le afectaban directamente su forma de pensar y, por ende, de actuar. Cada reunión con los doctores y cada una de las charlas con Settembrini y Naptha, en las que se debatían temas humanistas y académicos con mayor rigor, eran suficientes para hacer que su pensamiento se transformara al ritmo de las opiniones que pasaban por sus oídos. Pero el tiempo de libertad que le ofreció la montaña y el tiempo de permanencia allá, lo volvieron un hombre analítico, con capacidad para pensar por sí mismo. Así nos lo muestra Mann (1954):

> ¿Era todavía Hans Castorp "un niño mimado por la vida" a los ojos de Settembrini? No; sin duda, era abandonado por el que buscaba la moral en la Razón y en la Virtud. Y Hans Castorp

> miraba de reojo a Settembrini, fruncía las cejas y encogía los labios cuando se encontraban, mientras la mirada negra y brillante del italiano reposaba sobre él con una especie de reproche mudo (p.311).

En este punto, luego del tiempo transcurrido en la montaña, vemos a un Hans que ha evolucionado en función de encontrar una motivación que lo lleve a tener la reflexión como herramienta central de su comportamiento. La montaña le ha mostrado un camino diferente al que se le había puesto por delante a lo largo de la vida. Una ruta que distaba de lo establecido en el mundo de la llanura en el que la libertad era consumida por el tiempo de producción.

Por otra parte, la garantía de pensamiento que ofrece la montaña permite que la generalización en la que se disuelve la individualidad de la vida en la llanura quede en otro plano. Mientras en la ciudad lo que se busca es anular al individuo, en la montaña resurge el reconocimiento individual gracias a la capacidad crítica que se genera en quienes habitan el entorno que ofrece la vida de Arriba. Con ello, el sinsabor que deja la mecanización de las acciones y las decisiones que se toman sin tener en cuenta los gustos particulares quedan suprimidos por el valor que cobran los aportes de quienes tienen la capacidad de razonar. A su vez, esta capacidad de pensamiento desemboca en el reconocimiento del ser humano como individuo. Quien piensa tiene la capacidad de llenar de contenido cualquier esquema -social o particular-, y esto representa un punto muy interesante a tratar, pues Thomas Mann, a través de su novela, muestra cómo los cambios están cargados de un rigor infundado por la importancia que tiene el individuo dentro de la sociedad desde una postura crítica y funcional, más no desde la generalización que invalida toda forma de pensamiento. Sobre esto, Zuleta (2022) nos dice:

> Nos interesa, ante todo, la tesis de Thomas Mann de que todo el mundo, consciente o inconscientemente, le plantea a la época preguntas como ésta: ¿qué justifica y para qué sirve un gran esfuerzo? De todos modos, cualesquiera que sean los programas, objetivos, fines o esperanzas que una persona establezca como sus propuestas personales y de los cuales saque un impulso para realizar grandes esfuerzos, necesita algún grado de convencimiento en el carácter generalmente válido de su actividad; de lo contrario caerá en una actitud puramente cínica al pensar que lo que hace no sirve a nadie, no tiene ninguna justificación y sólo le gusta

> o le conviene. Todo el mundo necesita hacerse ilusiones sobre lo que está haciendo, creer que tiene alguna validez, imaginar que no es sólo su interés particular. Incluso quienes prestan dinero a interés pretenden estar aportando un servicio a la comunidad, lo cual es más difícil de argumentar (pp. 81-82).

Visto de esta forma, el reconocimiento que comienza a tener Hans surge a raíz de las actividades que le permiten encontrar la ruta para hacerse un ser pensante. Pero para centrarnos en los elementos principales que permitieron esa transformación, hay que plantear la relación entre libertad y tiempo desde la actividad principal propuesta en el sanatorio. En la novela, esta relación está enmarcada como una pieza fundamental en el cambio que se manifiesta en la vida del protagonista. Pues bien, si ya sabemos que el tiempo de producción anula la libertad en el mundo de Abajo y que, por ende, estos términos no pueden coexistir en la llanura, se debe entender cómo operan en la montaña para asimilar la importancia que tienen como caracteres diferenciadores.

El mundo de Arriba, antes de poner el tiempo por encima de la libertad o la libertad en mayor escala que el tiempo, ofrece una unión de ambos que da apertura a un nuevo campo de análisis. A saber, en el sanatorio lo que importa es el reposo. Este se enmarca como la única actividad que garantiza la coexistencia de términos que Abajo se anulaban. Paradójicamente el reposo resulta siendo una actividad, es decir, una acción que necesita ser ejecutada. Pero a su vez, esta acción opera bajo la lógica que se ha venido planteando en donde la vida contemplativa debe estar acompañada de la vida activa, y gracias a esa mezcla es que se logra despertar la capacidad de razonamiento. Esa es la vía que conduce a la reflexión filosófica, y es allí donde nace el poder crítico para opinar sobre algo. Gracias a esta secuencia de pasos en los que se devela un mundo nuevo para Hans, en los que existen los mismos elementos del mundo que ya conocía pero que se le presentan en un nuevo orden jerárquico, es que logra pensar por sí mismo y lanzar juicios sobre lo que ve a su alrededor. Su lente se vuelve el elemento principal para entender el razonamiento del mundo en general. Su forma de ver la vida se transforma en función de lo que quiere hacer con su capacidad de razonamiento. Su interés por entender qué pasa en el mundo opera de acuerdo con lo que él quiere hacer con su realidad. Hans encuentra en el razonamiento una nueva forma de habitar el espacio y

de relacionarse con las muchas otras personalidades que transitan por su lado. Así se ve en una escena en donde él a través de un sueño, impregnado por las herramientas que le ha dado la montaña, se refiere a las personas desde una postura distinta a la suya antes de haber conocido el sanatorio:

> ¡Eso es encantador! – pensó Hans Castorp -. ¡Es completamente encantador y atrayente! ¡Qué lindos, qué llenos de salud, qué inteligentes y felices! No son solamente bellos, sino también inteligentes e interiormente amables. Eso es lo que me impresiona y me enamora de ellos. El espíritu y el sentido inmanente de su ser, eso es lo que quiero decir. El espíritu con el que se hallan reunidos y viven juntos (Mann, 1954, p.197).

Visto de esta forma, Hans está captando el mundo a través de unos lentes nuevos. La falta de fe y de desanimo que lo llevaron a aceptar las vacaciones que terminaron en una visita a su primo en la montaña, ya no están. La vida de Arriba parece haber transformado al hombre que estaba absorbido por el sistema de la llanura. El reposo le dio tiempo para pensar, y, con ello, le brindó la fuerza para modificar su capacidad de análisis sobre los aconteceres de la cotidianidad. Ya Hans no solo tiene la capacidad de pensarse a sí mismo, sino que también ve grandeza reflexiva en lo que hay a su alrededor. Aquí el alivio que concede la montaña está ligado particularmente a reencontrarse con el amor a la vida que permita vivir con ánimo y razonamiento. De no haber sido de esta manera, de haber sido el desánimo el elemento protagónico en la vida de este personaje, la reflexión giraría alrededor de entender la enfermedad como un concepto coartador y como sustancia que propicia la vulnerabilidad del individuo en función de su anulación mental. Eso no significa la erradicación total del ser humano. Por el contrario, al verse el mundo lleno de muchos seres que estén en función del trabajo que elimina algunas capacidades por la ausencia de razonamiento, estaríamos en un universo enfermo poblado por personas vivas desde una perspectiva sistemática o mecanizada, pero sin capacidad de reacción mental, y en ese contexto lo único que importaría sería la supervivencia. Sobre esto Han (2023) reflexiona diciendo lo siguiente:

> Los *homines sacri* de la sociedad del rendimiento se diferencian de los de la sociedad de la soberanía también por la peculiaridad de que no hay manera de matarlos. Su vida parece la

> de un muerto viviente. Son demasiado vitales como para morir, y están demasiado muertos como para vivir (pp. 100-101).

De este modo, es importante ver el proceso de Hans desde una panorámica más general para lograr encadenar cada una de las fases que ha atravesado. Pues bien, la sanación que se logra después de aceptar la enfermedad acaba convirtiéndose en reflexión que se da gracias al reposo. Esta práctica representa el quiebre en la vida de nuestro protagonista, porque se le presenta de una forma desprevenida y ligera. Es de saber que la cura del reposo era una actividad emblemática en el sanatorio, una función en la que estaban inmersos la mayoría de los habitantes de la montaña. No obstante, esta actividad no se le vendió a Hans como un acto obligatorio. De ser así, el entorno en la montaña hubiera sido un reflejo de lo que había vivido en la llanura hasta el momento y no habría tomado consciencia de la enfermedad. Por el contrario, la cura del reposo se le ofreció como una oportunidad para reencontrarse consigo mismo y examinar lo que desencadenaría en la enfermedad y posteriormente en la sanación. Porque solo a través del encuentro personal puede enamorarse nuevamente de la vida, hacer que sus acciones se ejecuten desde el motor pasional que las mueve y convertirse en un sujeto de creación. Por medio del análisis personal las puertas de la transformación se abren y arrojan un sinfín de posibilidades que están asociadas a un vivir en pro de la buena vida. Así, se consolida el reposo como la clave de la funcionalidad del ser humano, o, "más bien, [como] el elemento esencial de la Creación" (Han, 2023, p.78). Con el reposo que desemboca en la reflexión es posible eliminar la barrera que existe desde la concepción productora del actuar, para pensar un modelo práctico y servil a partir de las acciones funcionales.

A su vez, el tiempo que brindaba la montaña para dedicarse al reposo es equivalente al encuentro de la cura para esa pérdida de ánimo que surge en el mundo de la llanura y hemos catalogado como enfermedad. Estando Arriba, la cura se da gracias al hallazgo de la pasión por la vida misma. Todo el tiempo que transcurre en la montaña para Hans, se traduce en la búsqueda secuencial del impulso y el entusiasmo que lo aferran a la vida. Él se da cuenta de que la vida que le ofrece la montaña, en donde la libertad de actividades obligadas son el puente para encontrar el razonamiento y la existencia crítica, es una vida que vale la pena ser vivida. Lo que se vive en la montaña puede ser el símil de un retiro anímico en el que una

persona se aísla de su entorno cotidiano para recargar energías o cambiar hábitos. La única diferencia con el proceso de Hans consiste en que su retiro le duró mucho más tiempo del previsto y que el cambio estructural al que llegó durante su estancia en el mundo del sanatorio, fue un encuentro con el deseo de vivir.

Este encuentro es el principal hallazgo. Aquí se unen las perspectivas que proporcionan la literatura y la filosofía porque en este descubrimiento se evidencia el trasegar vivido de un personaje -que podría ser cualquiera, incluso nosotros- y la actitud filosófica que se desprende de allí. El reflejo de la realidad vuelca su mirada sobre las reflexiones que pueden salir de lo que nos narra la cotidianidad y ahí le da entrada al pensamiento crítico (filosofía). Toda existencia debería permanecer en su estado natural a partir de un impulso, una motivación o una pasión.

Con lo anterior no quiero hacer notar que Hans antes de encontrarse con la vida de Arriba estuviera deseando la muerte. Tampoco pretendo dictaminar que quien no se encuentre con las estructuras que ofrece el mundo de la montaña está condenado a un deseo irrefrenable de morir. Lo que sí es cierto es la ausencia de razonamiento entre un mundo y otro. Quien no tenga el tiempo para reflexionar sobre las acciones, quien solo se dedique al trabajo mecanizado y quien no tenga la capacidad de lanzar juicios críticos sobre su propia vida está enfermo. Ante la ausencia de reflexión, lo que queda es desanimo. Por eso, la vida de la llanura se muestra como un entorno en el que no hay pasión ni impulsos.

Por su parte, la montaña ofrece un reencuentro con el deseo de vivir que puede ser representado como un amor por la vida misma. Hans, luego de los pesares, el aburrimiento y la falta de ánimo, se topa con un proceso de transformación en el que absorbe razones para ver la vida desde una actitud distinta. El amor se comienza a tornar en el motor de vida. No un amor romántico ni sexual, sino un amor que se nutre del poder de cambio que tiene el sanatorio en la vida de los enfermos, y que se refleja en todas las estructuras de relacionamiento. Así, Hans se permea de lo que hay a su disposición, lo moldea a través de la actitud filosófica que le ha brindado el reposo y la atención, y se relaciona con su alrededor desde la perspectiva del amor. Cuando su vida está llena de amor, todo a su alrededor se permea de amor. Fromm (1959) dice: “Si el hombre quiere ser capaz de amar, debe colocarse

en su lugar supremo. La máquina económica debe servirlo, en lugar de ser él quien esté a su servicio" (p.82).

En efecto, el desbordamiento de amor que aflora en la vida del protagonista surge a partir de la atracción que siente por Chauchat quien por medio de su actitud le recuerda el primer amor. A partir de ahí, desde ese deseo físico, se recrea toda la aventura de modificación en la vida de Hans. Pero, hay que aclarar que el impulso del resto del amor que se desprende en la existencia de este personaje surge por la atracción hacia ella, más no es la mujer en sí misma quien representa la motivación. El contacto inicial que tiene con Chauchat significa el inicio de un camino que concluye en la relación de amor que tiene Hans con la vida. Sobre esto, Estanislao Zuleta (2022) comenta:

> En el caso de Hans Castorp todo queda contaminado por el amor. Todo se convierte en una metáfora del amor; todo lo que se asimile a madame Chauchat queda vinculado al amor; por ejemplo, el mar, la naturaleza, cualquier elemento de la feminidad, de la ruptura con las normas y con la civilización del llano. Cualquier elemento que, por similitud, aluda a la posición de madame Chauchat queda inmediatamente cubierto por el amor de Hans Castorp, y así se vincula el mundo entero a su amor (p.192).

De esta forma, la estructura que se va dando opera en función de lo que representa esta mujer para Hans. En ella recae todo el contenido pasional que poco a poco borra la vida en la llanura, pues Abajo cabe la posibilidad de tener una razón de vida, pero esta se va difuminando a medida que las estructuras de producción extinguen las formas individuales de pensamiento. Por eso, lo importante para poder vivir activamente, desde una operabilidad que garantice la existencia del individuo y en donde haya tiempo para reflexionar debe estar anclado directamente al impulso de vida que logra cobijar todos los conceptos que se han tratado a lo largo de este análisis. El reposo -a partir de la libertad que otorga el tiempo en la montaña, acompañado de la contemplación- es la fórmula perfecta para transformar la vida de los enfermos que son carentes de amor. En uno de sus ensayos Mann (2019) dice:

> Sólo en el amor, sólo rodeado por la sombra de la ilusión del amor *crea* el hombre. Para ser culturalmente creadora, la historia tendría que ser tratada como obra de arte. Pero esto iría en contra de la tendencia analítica, de la tendencia no artística de la época. La historia arroja

> fuera los instintos. Formado –o deformado– por ella, el hombre ya no es capaz de "dejar sueltas las riendas" y de actuar con ingenuidad, confiado en el "animal divino" (p.123).

En este sentido, el ser humano debe encontrar un impulso de vida que lo lleve a conseguir sus deseos. Cada individualidad tiene un objetivo marcado. Pero este propósito no es posible de alcanzar si se anula el pensamiento como eje rector de las acciones. Por eso la libertad, el deseo de vivir y el amor terminan estableciéndose como las razones suficientes para que Hans transforme su vida y alargue su estadía en la montaña. Él se da cuenta de que la vida debe ser amor y con ello rechaza la vida simple, monótona y repetitiva que le ofrece la llanura, porque en ella no estaba existiendo como un sujeto reconocido, solo estaba viviendo. Y esto lo conoce en la montaña, ese lugar mágico que le dio las herramientas necesarias para encontrar la pasión y con ella, llevar una vida desde la actitud filosófica que brinda la posibilidad de pensarse y pensar su entorno.

El trayecto de este personaje nos muestra que solo hace falta decisión para poder reencontrarse con el querer por la vida. Entender qué pasa con la existencia y decidir reposar, contemplar y reflexionar son elementos que permiten vivir la vida de la montaña. Una vida a la que se debería apuntar si se tiene fe en la creación humana. Para habitar el mundo de Arriba solo hay que interiorizar nuestras acciones por medio del pensamiento. Sobre la literatura Thomas Mann (2011) escribió: "El principio, sin embargo, que ha impulsado la novela a hacer este camino tan significativo humanamente, es el de la *interiorización*" (p.157), y este acto es el mismo que le puede dar sentido a toda existencia. Lo que nos ha mostrado *La montaña mágica* es el trasegar de un estado a otro en el que la razón se convierte en la clave esencial para estar en el mundo de forma amena. Dentro de la búsqueda de un motivo que nos lleve a habitar el espacio desde la óptica del buen vivir, siempre estará la razón. Así se huye de la mecanización para ser parte de un mundo crítico. Después de hallar el amor -en el que todo cabe- todo se transforma:

> ¿No es bueno que la lengua no posea más que una palabra para todo lo que puede comprenderse en esta palabra, desde el sentimiento más piadoso hasta el deseo de la carne? Este equívoco es, pues, perfectamente un "unívoco", pues el amor más piadoso no puede ser inmaterial ni puede estar falto de piedad. Bajo su aspecto más carnal continúa siendo siempre

el mismo; tanto si es alegría de vida como pasión suprema, es la simpatía hacia lo orgánico, el abrazo conmovedor y voluptuoso de lo que está destinado a la descomposición. Hay caridad hasta en la pasión más admirable y aun en la más espantosa (Mann, 1954, p.514).

Conclusión. Amor a la vida

Si la literatura es el reflejo de la realidad, la filosofía es el principal instrumento para pensarla. Establecer esta relación obedece al interés por demostrar lo perdurable e importante que son estas ramas del pensamiento dentro de la estructura humana. Actualmente se siguen produciendo obras literarias que abren interrogantes, plasman testimonios, entretienen, implantan juegos que requieren de la imaginación, y con ello, terminan reclamando un espacio dentro de la vida humana a través de la exigencia del raciocinio. El ejercicio de leer es una actividad que invita a adquirir una experiencia integral en la que se muevan fibras físicas y también mentales. Por su parte Mèlich (2020) dice:

> Leer es transformarse. […] Desde esta perspectiva, la lectura no tiene nada que ver con adquirir una información, o unos conocimientos, no tiene nada que ver con la erudición, o con pasar el rato. Todo lo contrario, es una experiencia corpórea, y, precisamente por eso, aprender a leer es iniciar un viaje en el que la formación pasa por una transformación de sí (pp.26-27).

El haber tomado como eje central del análisis una obra como *La montaña mágica*, es muestra del camino que le abre un texto literario a la reflexión que va más allá de los contenidos explícitos de cualquier narrativa, pues una novela como esta permite la relación y discusión de varias temáticas que cobijan los intereses de la humanidad. La versatilidad de problemáticas y razonamientos que pueden brotar de la lectura, son una muestra de la grandeza de los contenidos literarios. Las novelas instauran sendas para el pensamiento. Por eso, es casi imposible desvincular una exploración crítica que plantee semejanzas o diferencias con la realidad, cuando se abre un libro de literatura. Si esta se convierte en el puente de conexión con los tópicos que detienen la vida para interrogarla y examinarla, no hacer caso a esos cuestionamientos es quedarse perdido en el mundo de la enfermedad que cohíbe toda forma de pensar.

En el fondo, tanto la literatura como la filosofía terminan siendo un medio para mirar de frente la realidad e intentar blindar con contundencia los aspectos que muchas veces dejamos de lado o le huimos por miedo a enfrentarlos. Sacar el tiempo para meditar sobre lo que gira a nuestro alrededor es la manifestación de la capacidad que tenemos como seres humanos

para pensar, analizar nuestro entorno y pensarnos dentro de él, lo que abre las puertas de las posibles formas de situarse ante el mundo, para así, arrastrar un ejercicio de ensimismamiento que podría equiparse con una estancia espiritual en la que la acción está precedida por la reflexión. Alrededor de esto Pierre Hadot (2009) comenta:

> Personalmente definiría el ejercicio espiritual como una práctica voluntaria, personal, destinada a operar una transformación en el individuo, una transformación de sí. […] Para poder soportar los golpes de la fortuna, la enfermedad, la pobreza, el exilio, hay que prepararse por medio del pensamiento para su eventualidad. Soportamos aquello mejor que nos esperamos (pp.137-138).

Con este apunte se señala, desde lo más mínimo -que está relacionado con el buen vivir-, la importancia que tiene el raciocinio dentro de cualquier vida humana. Ya se demostró con Hans que en la vida de Abajo puede darse una condena para el vivir. También se dejó claro que esa existencia en la que se anula el pensamiento para darle protagonismo a la productividad desmedida es una forma de estar muerto en vida. La literatura permitió que se diera ese análisis. Bastó de una novela cobijada por una trama en la que aparecen personajes, escenarios y paisajes determinados para que se abrieran interrogantes sobre la condición humana.

Por su parte, la filosofía nos ha ofrecido a lo largo de la historia muchos campos de reflexión. Los distintos pensadores que se han albergado a lo largo del tiempo dentro de los cánones de estudio ofrecen distintos modos de relacionarse con el mundo. Un trabajo que no puede ser desmeritado ni ultrajado, pues el desarrollo de la humanidad se ha dado gracias a las sólidas bases que han implantado las grandes mentes. No obstante, a esta labor tan inmensa que se ha ido consolidando a medida que pasa el tiempo, hay que sumarle el valor que tiene el campo de la literatura, pues dadas sus características, hace que las formas de pensar tengan más cercanía.

Con esto no se pretende mostrar la literatura como un campo superior a la filosofía, o viceversa. Este comparativo solo pretende hacer que los reflectores de atención se centren en la relación que tienen ambos terrenos y exhiban el poder que se desprende de sí, si se tienen en cuenta desde su conjunto. Un poder que está asociado al vivir, y del cual, se desprende

todo un esquema de reflexión para intentar dar con los postulados que permitan tener una vida digna de ser vivida.

Pues bien, la figura de Hans nos muestra cómo una vida funcional no es el símil de una buena vida. Lo que, a su vez, detona en la falta de fe, compromiso y amor por la existencia, ya que la enfermedad que alberga el mundo del consumismo y la laboriosidad excesiva es el espejo de una despersonalización que cancela todo interés. Y ante la falta de amor por la permanencia en el mundo, solo queda la muerte. Pero lo propuesto desde el análisis de la novela no implica una muerte en el sentido literal, más bien, conlleva a pensar en la automatización de las funciones corporales de un ser humano que termina anulando el pensamiento propio para darle la potestad de dirección a un agente externo. Ahí muere el pensamiento y es en ese instante donde el mundo de la llanura acapara cualquier forma de reflexión. En este punto, termina muriendo la individuación:

> La muerte forma parte de los fenómenos, forma parte de la empiria, de la esfera de la multiplicidad y del cambio. La muerte no toca en absoluto la realidad trascendente y verdadera. Lo que en nosotros muere es tan sólo la individuación. El núcleo de nuestra esencia –la voluntad, que es voluntad de vivir– no es afectado en modo alguno por la muerte. Y *mientras la voluntad se afirme a sí misma*, sabrá encontrar siempre accesos hacia la vida (Mann, 2019, p.47).

En este sentido, una de las reflexiones más llamativas que deja la relación establecida entre filosofía y literatura a partir de esta obra, es el amor a la vida, el deseo y compromiso de vivir, el reencuentro con una razón que se convierta en el motor del día a día. Thomas Mann demuestra que sus pensamientos estaban centrados en la búsqueda constante de la belleza por el mundo. No en vano el paralelo que se genera entre los mundos propuestos en *La montaña mágica* está protagonizado por enfermos con dolencias físicas -desde una perspectiva fisiológica- y por enfermos contaminados por el desgaste de la repetición -a partir de una óptica metafórica-. Tampoco hay que ignorar que en el mundo de Arriba haya un sanatorio. Un lugar que por definición está dado para encontrar la sanación, o lo que es lo mismo para nuestro caso, un espacio para hallar el amor por la vida.

Este amor resulta suficiente y necesario para afrontar las vivencias desde una postura libre de pesimismo y comprometida con la vida misma. La óptica del amor como impulso de vida se convierte en una herramienta que es capaz de allanar todas las esferas de la humanidad en función del progreso y la acción libre. Así lo menciona Fromm (1959):

> Si amar significa tener una actitud de amor hacia todos, si el amor es un rasgo caracterológico, necesariamente debe existir no sólo en las relaciones con la propia familia y los amigos, sino también para con los que están en contacto con nosotros a través del trabajo, los negocios, la profesión. No hay una «división del trabajo» entre el amor a los nuestros y el amor a los ajenos. Por el contrario, la condición para la existencia del primero es la existencia del segundo (p.80).

Así, vivir cobra sentido a partir de aquello que mueve el interés humano. Si hay un motor de vida las acciones tienen sentido, pero el sentido surge gracias a la capacidad que tenga el ser humano de pensar su estado en el mundo y las esferas en las que se mueva dentro de él. Hans nos mostró que la reconciliación con su vida surgió gracias a la reflexión, y todo el proceso que vivió para llegar a ello desencadenó una serie de práctica filosófica en la que la libertad de pensamiento y el compromiso con la existencia fueron fundamentales. Su estancia en el sanatorio fue el camino que le sirvió para encontrarse con una forma de pensar diferente a la que el mundo de Abajo le había vendido.

Por consiguiente, la contemplación y el reposo son disposiciones filosóficas que apuntan al perfeccionamiento del ser y con ello, al avance de la humanidad en sentido crítico. Esa es la funcionalidad que muestra el entable de un análisis literario desde la filosofía. Así se señala en una de las conversaciones que tiene Hans con Settembrini:

> ¿Quiere usted enterarse de sus principios, de sus objetivos? Se los indicaré en dos palabras. La “Ligue pour l’organisation du Progrés” deduce de la doctrina evolucionista de Darwin el principio filosófico de que la vocación natural más profunda de la humanidad es la de perfeccionarse a sí misma. Deduce que es deber de todo el que quiera responder a esa vocación natural colaborar activamente al progreso de la humanidad (Mann, 1954, p.215).

De allí que la importancia del raciocinio en cualquier vida humana deba estar anclado al interés por construir una mejor vida en la que se disponga del tiempo suficiente para pensar.

No es eliminar el mundo de Abajo y soñar con la utopía del mundo de la montaña, porque parte de la maravilla de la existencia radica en el privilegio que tenemos para combinar lo que a simple vista parece contradictorio. La puerta que nos abre esta obra literaria es la de reflexionar alrededor de lo que implica vivir de forma crítica, pues otras serían las condiciones si el pensamiento tuviera cabida en las llanuras. Por eso, la mezcla de Arriba y Abajo, de la filosofía y la literatura, son necesarias para seguir construyéndonos como personas, ya que "el fin y el objetivo del principio crítico no puede ni debe ser más que una sola cosa: la idea del deber y el deber de vivir" (Mann, 1954, p.470).

En este trabajo abordé *La montaña mágica*, pero toda la literatura en su conjunto tiene la capacidad de hacernos reflexionar sobre las distintas formas de la existencia. Desde cómo habitamos el mundo, hasta la forma de relacionarnos con quienes habitan el mismo espacio que nosotros, representan tópicos de la condición humana que están en constante cambio y que tienen muchas vertientes por las distintas formas que tenemos como seres humanos para pensar y actuar. Poner el foco de atención en la humanidad a través de los escritos literarios es una de las mayores virtudes de Thomas Mann. Por eso vale la pena leerlo y por eso sigue estando vigente su literatura. Allí también se alberga una de las formas de pensamiento crítico y filosófico que conducen a pensar el mundo para saber si se está viviendo con amor. Para ello, el ser humano debe priorizar el pensamiento propio y no dejarse instrumentalizar. La vía fácil es la que coarta el intelecto, pero la filosofía y la literatura son instrumentos suficientes para confrontar la mecanización y hallar la pasión. "Si el hombre quiere ser capaz de amar, debe colocarse en su lugar supremo. La máquina económica debe servirlo, en lugar de ser él quien esté a su servicio" (Fromm, 1959, p.82).

Todo el análisis anterior es el reflejo del pensamiento mismo de un autor que se esmeró por exponer los valores morales, el deber social y el deseo propio de la individualidad, aspectos que han cobijado al ser humano a lo largo de la historia y que, por tanto, manifiestan la importancia que tiene en la literatura un escritor como Thomas Mann.

Bibliografía

Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Paidós.

Buber, M. (2014). *¿Qué es el hombre?*. Fondo de Cultura Económica.

Fromm, E. (1959). *El arte de amar*. Harper and Brothers.

Hadot, P. (2009). *La filosofía como forma de vida*. Alpha decay.

Han, B.-C. (2023). *La sociedad del cansancio*. Herder.

Han, B.-C. (2023). *Vida contemplativa*. Taurus.

Lukács, G. (1969). *Thomas Mann*. Grijalbo.

Mann, T. (1954). *La montaña mágica*. José Janés.

Mann, T. (2010). *La muerte en Venecia. Cuentos completos*. Edhasa.

Mann, T. (2010). *Las cabezas trocadas. Cuentos completos*. Edhasa.

Mann, T. (1971). *Relato de mi vida*. Salvat Editores.

Mann, T. (2010). *Tristán. Cuentos completos*. Edhasa.

Mann, T. (2011). *Ensayos sobre música, teatro y literatura*. Alba.

Mann, T. (2019). *Shopenhauer, Nietzsche, Freud*. Alianza.

Mèlich, J.-C (2020). *La sabiduría de lo incierto*. Tusquets.

Nehamas, A. (2005). *El arte de vivir*. Pre-Textos.

Zuleta, E. (2022). *Thomas Mann, la montaña mágica y la llanura prosaica*. Ariel.